

La Ilustración Artística

AÑO XIV

BARCELONA 11 DE NOVIEMBRE DE 1895

NÚM. 724

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

SUMARIO

Texto. - *Verdades y mentiras (Estética negra)*, por R. Balsa de la Vega. - *Semblanza. El duque de la Torre*, por Carlos de Ochoa y Madrazo. - *Martinito ó el primer aniversario*, por A. Danvila Jaldero. - *Vacslav Brozik, célebre pintor bohemio*, por X. - *¡Pálida!*, por P. Gómez Candela. - *Nuestros grabados.* - *Miscelánea.* - *Sport*, por E. Font Valencia. - *Abandonada*, novela de Enrique Greville, con ilustraciones de Salvador Azpiazu (continuación). - **SECCIÓN CIENTÍFICA:** *Indicación de la hora en China por medio del sol, del agua y del fuego.* - *El marqués de la Habana.*

Grabados. - *Una jira*, cuadro de Francisco Miralles (Salón Parés). - *D. Francisco Serrano y Domínguez, primer duque de la Torre.* - *El primer aniversario*, dibujo de N. Méndez Bringa. - *El célebre pintor bohemio Vacslav Brozik.* - *Los embajadores de Ladislao en la corte de Carlos VII: Una familia protestante leyendo la Biblia: Presentación de Laura y Petrarca á Carlos IV en el palacio del Papa en Avignon*, tres cuadros de Vacslav Brozik, reproducidos con permiso de su propietario M. C. Sedelmeyer, de París. - *La lechera de Vallvidrera*, cuadro de Modesto Teixidor (Salón Parés). - *De sobremesa*, cuadro de Joaquín Agrassot (Salón Parés). - *El Sr. Dupuy de Lome*, ministro de España en los Esta-

dos Unidos. - *Nuevo puente de hierro sobre el Ebro*, construído por la Maquinista Terrestre y Marítima, solemnemente inaugurado en Zaragoza el 18 de octubre último (de fotografía). - Sellos que circularon en el Perú únicamente el día 8 de septiembre último, en conmemoración de haber subido á la presidencia de la República D. Nicolás de Piérola. - Fig. 1. Bambú para tocar las horas durante la noche, palos ardientes aromáticos y vaso de metal para los palos ardientes. - Fig. 2. Espiral de fuego china para indicar las horas. - Fig. 3. Dragón de palos ardientes para indicar las horas (Museo del Louvre). - *D. José Gutiérrez de la Concha, marqués de la Habana.* - *La recolección de flores en Valencia*, dibujo original de J. Agrassot.

SALÓN PARÉS



UNA JIRA, cuadro de Francisco Miralles

ADVERTENCIA

Estamos terminando la impresión del tomo tercero de la importante obra *América. Historia de su colonización dominación e independencia*, que oportunamente repartiremos á los señores suscriptores de la **Biblioteca Universal**. Este tomo, como los anteriores, irá profusamente ilustrado con retratos, vistas, etc.

A aquellos de nuestros suscriptores que no tengan los dos primeros tomos de esta obra que tanta aceptación ha merecido, les recomendamos la adquisición de los mismos para que puedan incluir entre las de la **Biblioteca Universal** esta que indudablemente merece ser considerada como una de las más interesantes de las hasta ahora publicadas. A este efecto les ofrecemos dichos dos tomos al precio de cinco pesetas cada uno, ÚNICO PARA LOS SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA.

VERDADES Y MENTIRAS

(ESTÉTICA NEGRA)

En fuerza de atender al curso de los acontecimientos que allá en Cuba se desarrollan, y de escuchar un día y otro día opiniones diversas respecto de los problemas que, además del de la guerra, habrán de resolverse para ver si la paz se asegura por larga fecha, en más de una ocasión pensé en estudiar el hombre negro desde el punto de vista de su importancia y de su valor en el campo del arte. Sin embargo, parecíame, siempre que con las cuartillas sobre la mesa iba á dar comienzo al esbozo de algunas consideraciones acerca de este punto, hartamente complejo el tema, difícil, por lo tanto, de tratar en los límites de un artículo, y por quien, como yo, no tiene otra autoridad que la que le plugo concederme la benevolencia de cuantos me leen.

Al cabo, tras de largas vacilaciones, heme decidido á decir algo acerca de esto que yo llamo *estética negra*, impulsado más bien por la fuerza misma de los sucesos que me inspiran lo que voy á exponer, que por la poca ó mucha originalidad (si es que tiene alguna) del asunto.

* *

Un profesor de la universidad de Ghottinga publicó hará cosa de tres años un trabajo sociológico, encaminado, desde la cruz á la fecha, á combatir las doctrinas democráticas precisamente en aquella parte en que éstas, por su fuerza ética, se acercan á las lindes de la utopía llamada fraternidad universal. Arremetía el citado profesor (cuyo nombre por sus muchas consonantes no recuerdo) contra esos altruismos sublimes de la igualdad social, de la paz, de los derechos individuales, etc., conquistas realizadas por la gracia de generosa sangre vertida en aras de aspiración tan hermosa, paso dado por la humanidad hacia la suprema perfección, reunido el esfuerzo intelectual de los siglos y... el de las armas también. Y una de las razones que el pensador alemán aducía para su empeño, era la de negar capacidad moral é intelectual á distintas ramas de la misma raza arya, apoyándose para tal afirmación en la Historia, en los descubrimientos y observaciones de la Paleontología y de aquellas ciencias físicas y naturales que hoy tratan de este problema tan importante para el hombre.

Recordando yo algunas de las teorías explanadas por el catedrático de la universidad de Ghottinga, ocurrióme aplicarlas á la raza negra, y principalmente á la que al presente puebla la isla de Cuba; raza la cual, aun cuando originaria del centro de África, el ambiente natural, esto es, el país, modificó en gran manera, así en sus condiciones físicas como en las morales.

Pienso que unidos en lazo indisoluble van en el hombre deberes y derechos; si no fuese por otras, bastara la ley de la equidad para imponer este criterio; y al pensar así, ocurrióme indagar cuáles son y cuántos los méritos contraídos por la raza negra en la obra de la humana cultura; ocurrióme indagar cuál sea la razón que lleva á tantas inteligencias superiores como en el mundo han defendido y ahora más que nunca defienden el derecho de la raza negra á compartir con la blanca las ventajas de una civilización como la que hemos alcanzado; y claro está que al ir rebuscando en rápido y mental examen aquella de las manifestaciones de la inteligencia en que esa raza pudo haber colaborado á la obra de la cultura, por razón de mis predilectos estudios, pensé en el arte.

No difieren en lo fundamental, así las teorías de la ciencia moderna, como el *Génesis*. Calcúlase, y está en punto de declararse verdad inconcusa, que las razas blanca y de color aparecieron sobre la haz de la

tierra en una misma época; los descubrimientos geológicos que de hace medio siglo á esta parte se vienen haciendo, así en América, como en Asia y África, llévanos á pensar que lo dicho tiene visos de certeza.

Claro está que muy posteriores á las primitivas son aquellas otras razas, de las cuales el humano progreso recibió el impulso merced al cual hemos llegado al punto en que nos encontramos; cierto que esas razas superiores llegaron á serlo por virtud de evoluciones continuas, ya por la influencia de los países en que se asentaron, ya por cruces sucesivos, ya por otras causas, cuya sola enumeración me llevaría á ocuparme en distinto asunto del que motiva este artículo; mas, á pesar de esto y á propósito de ello, la investigación histórica de las civilizaciones anteriores á la creada por la raza que, desgajándose del Asia Menor, vino á plantar sus tiendas en Grecia y á lo largo del Mediterráneo, nos dan un resultado negativo respecto de la labor de civilización de la raza negra.

Las noticias que de prehistoria tenemos, alcanzan algunas á la época cuaternaria, y varios indicios al último período de la interglacial; y aquellas noticias y esos indicios acusan los grados de cultura que fueron alcanzando, así las gentes pobladoras de América, las del Asia, las de Europa; razas todas, si distintas en su color, en su origen étnico y en su expansión intelectual, ninguna negra. Desde las márgenes del Río Colorado hasta el Gran Chaco, desde el Amazonas hasta las costas peruanas que baña el Pacífico, desde la orilla derecha del Nilo hasta las montañas del extremo sud de la India, desde el desierto libio hasta el Bósforo, en fin, en todas aquellas regiones del globo donde se han encontrado y se encuentran á cada instante vestigios de una civilización digna de estudio, así de épocas anteriores en millares de siglos á la histórica, como de las de los comienzos de ésta, fueron y son habitadas por razas distintas de la negra.

En todos esos países, al comenzar el desenvolvimiento de las diferentes manifestaciones de la inteligencia humana, comenzó también á exhibirse el sentimiento artístico, el sentido estético, traducido en obras de arte.

Como engranaje de cadena que comienza en los primeros esbozos de las sociedades, puede seguirse casi paso á paso cómo las influencias del gusto y del sentimiento artístico fueron sintiéndose de país en país, transformándose en sentido de avance hacia un superior grado de belleza. Indios y asirios, persas y caldeos, fenicios y egipcios, por no citar los pueblos americanos, aportan elementos de importancia tal al arte sublime de los griegos, que sin ellos no existiera arte.

Ni un solo tipo, ni una sola idea, ni el más pequeño indicio de arte, de intuición artística, de expresión del sentimiento de lo bello — que yo conozca al menos, — ha venido de la raza negra al acervo común.

* *

Pudiera estudiar, con ayuda del vecino, que por mí solamente no lograra hacerlo, el tipo de la raza negra desde el punto de vista antropológico, para deducir sus condiciones morales é intelectuales; mas considero suficiente para la índole de este ligero trabajo limitarme á lo dicho, con objeto de sacar consecuencias que pugnan de un modo hartamente franco con esos admirables idealismos que llevan á soñar con una fraternidad universal, elevando al negro á la categoría de hombre capaz de comprender y de sentir por tanto los deberes y los derechos anexos á la civilización. Yo confieso ingenuamente que aquella afirmación de que la belleza tiene un mismo valor estético en el Oriente que en el Occidente, me pareció un absurdo desde el instante mismo en que pude apreciar la obra de arte producida en ambas regiones. La raza copta, puente que une dos tipos de belleza, sirve al viejo pueblo de los Faraones para determinar un ideal plástico; examinadlo, dejando á un lado, si esto puede ser, la influencia ayasalladora del espíritu religioso, y veréis cómo se acerca, cuanto más avanza, la civilización del Egipto hacia el tipo de belleza del arte heleno; seguid estudiando la marcha del arte, las corrientes y evoluciones estéticas, y veréis cómo al cabo el prototipo forjado por el artista de Occidente es el único perenne; cómo en el instante mismo en que el antropomorfismo se erigió en ideal, no tan sólo del arte, sino de una sociedad, desaparecen las otras manifestaciones del sentimiento estético de pueblos y razas generadoras, engendradoras del arte griego.

Y si desaparecen del mundo del sentimiento, del mundo de lo bello, esos pueblos y esas razas de cuya expansión intelectual atestiguan aún hoy nuestra pro-

pia cultura, figuraos qué debe pensarse respecto de la raza negra.

Por ley de selección, por ley de vida, por razón de la necesidad imperiosa de extender á todos los ámbitos de la tierra la fuerza expansiva, cada día mayor, de las energías de la moderna cultura, las razas superiores tienden á invadirlo todo, á dominarlo todo, imponiendo allí donde aparecen el yugo de su superioridad. Ley biológica la que se cumple por Inglaterra en la India, por los Estados Unidos del Norte en el país de las pieles rojas, por Francia en Madagascar, por Italia en la Abisinia, conquistando, destruyendo costumbres bárbaras, haciendo desaparecer las razas indígenas, bien cruzándolas, bien eliminándolas.

He escrito el verbo eliminar. Eso es precisamente lo que en nombre de la civilización debe hacerse con la raza negra, máxime cuando se hace con otras cual la india, que al fin y al cabo tiene un valor indiscutible en la historia de la humanidad. Es preciso, pese á los altruismos de las doctrinas generosas que profesan desde los demócratas hasta los anarquistas, en la tierra implantadas por Cristo y santificadas con su sangre; es preciso, repito, para el logro de los ideales mismos de la fraternidad, del comercio de las ideas, de la identidad en las aspiraciones, que desaparezcan razas que, cual la negra, vienen probando desde la infancia de los pueblos su absoluta inutilidad en el campo de la idea.

Y para mí, pueblo ó raza sin aptitudes para el cultivo del arte es pueblo condenado á morir, á desaparecer de la haz de la tierra. Inteligencia tan estrecha que no quepa en ella la noción de la belleza; que no responda al llamamiento que al sentimiento hacen la forma, el color, la armonía de la tónica; que no alcance á comprender el valor del albedrío humano, que viva sin vivir en sí, sin pasado, sin ideal para lo porvenir, es inteligencia nula, es rueda sobrante en esta maquinaria del progreso. La Historia, maestra de los pueblos, señala cómo desapareció el elegido de Jehová, aventado, disuelto en el mundo; nos señala cómo fenecieron aquellos otros que contaron á Palmira, Tiro, Sidón, Alejandría, Delhi, Cartago como emporios del comercio, probándonos con esto que á una han de marchar la vida del espíritu y la vida material de los pueblos, y que si algún desequilibrio debe producirse en el desenvolvimiento de ambas vidas, ha de ser en favor de la primera. Mas para que la perennidad de la existencia de un pueblo sea cierta, es menester que posea un concepto claro, positivo, terminante de la misión del hombre, de su finalidad, de su valer; y este concepto tiene y ha tenido y seguirá teniendo como expresión la más elevada, la más pura, el arte. Él sintetizó las aspiraciones religiosas de la India, las guerreras de Asiria y Persia, las religiosas y guerreras al propio tiempo de Egipto; en él encarnó el ideal de pueblos tan grandes como el griego y el romano; él supo encontrar forma para la expresión de los idealismos sublimes del cristianismo...

Pero ¡la raza negra! ¿Dónde están los elementos morales y materiales, así históricos como futuros, en que basar un arte; sobre que fundar un ideal artístico?

La misma línea, el color mismo del ente negro rechazan toda probabilidad de producción artística, especialmente la de hoy, en que entran á partes iguales, por lo menos, las delicadísimas vibraciones de la luz y del color, á cada instante más numerosas, por razón de la educación de los sentidos, y las vibraciones del sentimiento, las delicadas y múltiples facetas del espíritu. Un arte parece ser el predilecto de esa raza que hoy como ayer y como siempre vive amarrada á la argolla de una ignorancia sin remedio; ese arte es el musical; pero estudiad, que bien poco tienen que estudiar sus cánticos, sus himnos, sus danzas, y veréis que apenas si alcanzan á cuatro las notas que los componen y uno es siempre el ritmo que los anima; examinad sus instrumentos, y para encontrarlos iguales tendréis que remontaros á la infancia de la humanidad.

Sobre esa raza han pasado los siglos, y con ellos la esclavitud á que las razas superiores la condenaron, como han pasado sobre el caballo, el buey, el perro...

¡Oh! No es, no, esto que digo, grito que me arrancan los dolores que causa á la madre patria la guerra en que figuran como autómatas tantos negros que se mueven al impulso de otras inteligencias; la verdad es una: en la esclavitud vivió el ruso, en la esclavitud vivieron pueblos y pueblos en tiempos no muy lejanos, todos han sacudido el yugo; hoy son hombres libres que concurren al humano progreso con su inteligencia y el esfuerzo de su voluntad.

R. Balsa de la Vega



SEMBLANZA

Creo que no ha existido ningún español, al menos en lo que va de siglo, que haya ocupado posiciones tan altas, cargos tan importantes y ostentado tantos honores y condecoraciones como D. Francisco Serrano y Domínguez, primer duque de la Torre.

Y sin embargo, yo que le conocí mucho, que le traté bastante y que tuve repetidas ocasiones de estudiar esa altísima personalidad, puedo afirmar que no he conocido un hombre más llano, más campechano, más modesto, más sobrio, menos prendado de sí mismo, de su elevadísima jerarquía en la milicia, en la diplomacia, en la política, en la administración del Estado.

¡Anomalías de la suerte! El que por obligación debía lucir el espléndido y bordado uniforme de capitán general de ejército, lo que más gustaba era vestir modesta americana ó todo lo más la clásica levita; el que podía cruzar su pecho y engalanar sus hombros con multitud de bandas multicolores, collares de todos los países y nuestro Toisón de Oro, no gustaba llevar ni una cinta en el ojal, y el que podía usar á cada paso el título de duque, prefería que se le llamase sencillamente el general Serrano.

¡El general Serrano! Así se le llamó en efecto durante muchos años, cuando todavía muy joven figuraba como diputado progresista en los escaños del Congreso, cuando peleaba con desnudo en los campos de batalla, cuando se sublevaba contra Espartero en 1843, cuando fué *ministro universal*, cuando se sentaba en el senado haciendo la oposición á varios gobiernos moderados, cuando conspiró con O'Donnell y los generales de Vicálvaro para derribar al conde de San Luis, cuando peleó en las calles de Madrid desarmando la milicia nacional, cuando marchó á Cuba de gobernador general, cuando fué á París, la primera vez, de embajador de doña Isabel II.

¡Duque de la Torre! Así se le llamaba cuando tomó á sangre y fuego el cuartel de la Montaña, cuando se batió en Alcolea, cuando fué jefe del gobierno provisional, regente del reino, primer presidente del consejo de ministros de D. Amadeo, jefe por segunda vez del poder ejecutivo, y embajador en París, por segunda vez, durante el reinado de D. Alfonso XII.

Mentira parece que un hombre solo haya podido ser todo eso, y algunas cosas más, que sin duda me dejo en el tintero, puesto que no trato de escribir su biografía, sino de trazar su semblanza. Pues sí; Serrano ocupó todos esos cargos y otros muchos de menor cuantía, y en todos puso particular empeño para ejercerlos á conciencia. Si lo consiguió, ya se encargarán otros de decírnoslo; la historia le juzgará y la posteridad formará de él el juicio que le parezca conveniente.

No tengo para qué aplaudir ni censurar al hombre político, ni tengo competencia para formar juicio exacto de sus talentos militares. Que era un hombre de un valor extraordinario lo reconocen y lo reconocieron siempre amigos y adversarios, como también es patente que tuvo una suerte loca en toda su carrera, en toda su vida pública, pudiendo ser clasificado entre los mimados de la diosa fortuna. Cien veces debió morir en los campos de batalla y apenas si sacaba un rasguño después de ardiente pelea. En el cuartel de la Montaña habría perecido cualquier otro general que hubiera hecho lo que él hizo, y él salió ileso. En las calles de Madrid, durante tres días de incesante fuego, no le alcanzó una bala. En Alcolea, al marqués de Novaliches le destrozaron la mandíbula, á él no le tocó nada... Suerte, suerte y más suerte.

¿Buscó Serrano las ocasiones para ocupar esos altos puestos? No. Las ocasiones le buscaron á él. O'Donnell trabajó sin descanso, durante varios me-

ses, para derribar á los polacos, y Serrano llegó, como puede decirse, á los postres. Prim estuvo preparando largo tiempo la revolución de 1868, y Serrano se quedó con el santo y la limosna. Suerte, suerte y más suerte.

«Era D. Francisco Serrano un general muy joven, de gallarda y arrogante presencia, de gran fama en el país por sus hechos de armas, por su valor extraordinario y ardiente y por la posición política que en poquísimos minutos logró alcanzar en el partido progresista. Su afabilidad constante, afabilidad que constituyó el secreto de su fuerza en todos tiempos, le atraía la voluntad de amigos y adversarios á los diez minutos de conocido. A esto unía, en aquellas primeras épocas de su carrera, una intrepidez tal de espíritu y una osadía tan emprendedora y resuelta que ninguna consideración era capaz de contenerle en sus arriesgadas empresas y peligrosas contingencias.»

Tal es la *semblanza* que un distinguido militar, el general D. Fernando Fernández de Córdova, marqués de Mendigorria, hace en sus interesantes y entretenidas *Memorias* de su amigo el general Serrano, cuando éste era, como él dice, muy joven.

Yo le conocí ya viejo, y puedo atestiguar que muchas de las frases anteriores, aplicables al general Serrano, pueden aplicarse al duque de la Torre, es decir, á D. Francisco Serrano y Domínguez ya entrado en años. Siguió siendo tan afable y tan simpático á los sesenta como pudo serlo á los veinte; su extraordinario é indomable valor no le hizo traición un solo instante, y su serenidad era pasmosa en los momentos de mayor peligro. Cautivaba con su conversación, pues unía á la viveza andaluza, la ingenuidad de su carácter, su modestia nada estudiada y un no sé qué que realmente cautivaba. No tenía gran instrucción, ni había leído mucho en los libros; pero sí en los hombres, que los estudiaba á fondo y los conocía á la perfección, equivocándose raras veces acerca de sus condiciones, tan luego como les había echado el escarpelo de su vista de lince. «Algunos me han salido traidores, solía decir: Fulano y Zutano (pues no se mordía la lengua para echar á volar nombres propios); pero no me han sorprendido, porque ya me lo tenía tragado.»

Madrugador cual ninguno, á las cinco de la mañana estaba siempre de pie. Decía que era su mejor momento del día, cuando abandonaba la cama, una cama como cuando era simple oficial de caballería, de hierro, modestísima, sin cortinas ni estorbos, según su frase sacramental. Limpio y pulcro hasta la exageración, si en esto cabe ser exagerado, su primer cuidado era afeitarse solo, que no necesitaba él colaboradores de barberos ni de ayudas de cámara. Se lavaba siempre con agua fría, daba dos ó tres cepillazos á su lustrosa calva y vestía muy sencillamente, que no era hombre Serrano para estar mucho tiempo en el tocador, ni gustaba de pomadas, aceites y perfumes, ni se recreaba como tantos otros delante de un espejo, por más que en una de las épocas de su vida no faltó quien le llamase *el general bonito*, de cuya época yo no quiero ocuparme, porque no sería ni discreto ni oportuno.

Yo no sé si fué *bonito* en sus mocedades. Lo que sí sé es que conocí en él un viejo guapo, simpático, de tez sonrosada, blanco bigote, de buenas facciones, derecho, de noble aspecto, sin arrogancia, pero de mucha dignidad, pulcro en el vestir, gran andarín, enemigo del tabaco y ferviente entusiasta de las plantas y las flores.

— Yo debía haber nacido jardinero, le decía una vez á mi madre, en Biarritz, un día en que esta señora recibió unas semillas que mandé desde París. Por supuesto que Serrano se quedó con la mayor parte de ellas, no sé si para utilizarlas en sus pose-

siones de Andalucía ó en el jardinillo que tenía en su hotel de la calle de Recoletos.

En verdad que tenía una afición loca por la horticultura y bastantes conocimientos en la materia. Su primera visita, en cuanto salía ya vestido de su cuarto, como dije antes, era á su jardín, cuyas flores regaba él mismo, cuidándolas con exquisito afán. Gustaba de las plantas raras y con frecuencia hacía venir del extranjero lo que más le llamaba la atención.

Era muy frugal en sus comidas y comía muy de prisa, costumbre transmitida á todos los individuos de la familia. No fumaba; así es que en cuanto tomaba su desayuno, se metía en su despacho, situado en la planta baja de aquel hotel de la calle de Recoletos, que ocupó durante los últimos años de su vida, y contestaba de su puño y letra á cuantas cartas hubiese recibido la víspera. Era en él un hábito. No comprendía que se dejase una carta sin contestar, ni que la contestación dejase de ser inmediata. No he conocido desde este punto de vista persona más atenta que el duque de la Torre, pues ya puede uno imaginarse el diluvio de pretensiones, de solicitudes, de exigencias que en forma más ó menos epistolar recibiría un hombre que casi siempre estaba en candelero. Claro está que siendo jefe del Estado era materialmente imposible que despachase por sí mismo millares de cartas. Sólo entonces se servía de amanuenses, pero recomendándoles mucho que no demorasen la contestación ni dejasen de emplear la forma siempre atenta y cortés que debía tenerse con todo el mundo. Bajo este aspecto, el general Serrano era un verdadero demócrata en el buen sentido de la palabra.

Gustaba, después de despachar su correspondencia, dar largos paseos, siempre á pie, lo que consideraba como el mejor ejercicio para el cuerpo, y cuantos habitaban Madrid le solían encontrar muchas tardes por fuera de puertas ó dando la vuelta grande del Retiro, pues era incansable, siendo esta otra de sus distracciones favoritas. Así caía rendido en cuanto acababa de comer, teniendo que dormir un largo rato sobre un sillón ó sobre una silla, que lo mismo le daba con tal de que le dejasen dormir. Esta costumbre la debió haber adquirido hacía muchos años, pues le he oído contar que ni aun siendo embajador en Francia, la primera vez, dejaba de echar su sueño después de comer, en dondequiera que se hallase. El emperador Napoleón III, que le apreciaba en alto grado, respetaba mucho esos sabrosos sueñecillos que echaba *le maréchal* en pleno palacio de Tullerías, después de los grandes banquetes diplomáticos, ó en la imperial residencia de Compiègne, cuando aquellas famosas tandas de invitados que iban á pasar quince días por lo general en compañía de los emperadores, y cuyas cacerías, fiestas campestres y funciones teatrales, dentro del mismo palacio, eran el gran entretenimiento de la emperatriz Eugenia. Los príncipes de Metternich eran en aquella época los personajes más á la moda; representaba él en calidad de embajador al Austria-Hungría; su esposa era la amiga predilecta de la emperatriz; pero al llegar á la corte de Francia los nuevos embajadores de España, compartieron con los de Austria los favores y refinamientos de cortesía del emperador Napoleón y de la emperatriz Eugenia. Hay que añadir que nuestra embajadora era, al decir de las gentes, la más bella y elegante de todas las damas del cuerpo diplomático extranjero. Joven, muy joven entonces, hermosa cual ninguna, reina de la moda y del buen gusto, la futura duquesa de la Torre era designada en París y en los sitios reales por *la belle maréchale*. Las grandes modistas y los *modistos* de París y todos los *fournisseurs* de la corte de Napoleón III se disputaban el privilegio de vestirla.

Ella imponía la moda; ella era, en una palabra, la embajadora que vino á eclipsar á la princesa de Metternich y á todas las demás palaciegas.

En el hogar doméstico el general Serrano era encantador. ¡Cómo quería, cómo amaba á sus cinco hijos, á las tres niñas, Concha, Ventura y Pepita, y á los dos varones, Paco y Leopoldito! ¡Cuántas veces al regresar de las pesadas faenas de la política, después de pasar horas enteras en el Senado y en el Congreso, se echaba en una butaca, Leopoldito, el más pequeño, se sentaba sobre sus rodillas, y platicaban como dos buenos amigos! Venturita era muy aficionada á representar dramas y comedias, y mandó construir para ella, en su propio hotel, el teatro *Ventura*, que así le llamaba, donde la hemos aplaudido todos por sus indiscutibles disposiciones para la escena. ¡Pobre Venturita! ¡Cuánto la echamos de menos sus buenos amigos!

Serrano no jugaba ni al tresillo, ni al ajedrez, ni al billar, ni á nada. Cuando recibía de noche, ó mejor dicho, cuando recibía la duquesa, pues él por su gusto se habría acostado siempre al anochecer, conversaba afablemente con sus convidados, resistiendo con energía las ganas que tenía de dormir, hasta que vencido por el cansancio (como persona, repito, que madrugaba tanto), se rendía al sueño. Se le dejaba dormir un rato, se despertaba por fin, y á menos de que algún grave acontecimiento político embargase su atención, ó que alguno de su familia estuviese enfermo, ó cosa por el estilo, volvía á caer en brazos de Morfeo, sucediéndole con frecuencia que cuando despertaba ya se habían despedido de la duquesa los tertulianos, ó si él se despertaba antes que se fueran, él era quien abandonaba antes los salones, diciendo con su aire campechano:

— Señores, no puedo más. Me voy á la cama. Buenas noches.

En el mes de julio de 1874 me hallaba yo en la Granja, siendo él jefe del Estado. Pocos días antes habían matado los carlistas al marqués del Duero; las cosas iban bastante mal; las tropas acaudilladas por el hermano de D. Carlos habían entrado en Cuenca, y todo hacía presumir que llegarían hasta la Granja. En fin, que hubo un día de pánico y se decidió que Serrano y toda su familia regresasen á Madrid. Aquella misma noche salimos de la Granja en una silla de posta, el general; D. Manuel Alonso Martínez, á la sazón ministro de Gracia y Justicia; una hermana mía que había ido á pasar una temporada con la duquesa, y yo. Veníamos sentados al vidrio Alonso Martínez y yo; al poco de salir de la Granja cogió el sueño el general, y al llegar á Villalba, donde nos bajamos de la silla de posta para tomar el expreso que venía de Francia, aún seguía durmiendo.

— ¿Qué le parece á usted?, me decía D. Manuel. Esto es dormir.

— No, señores, nos contestó el duque, si estoy despierto.

Como todos los que duermen cuando los demás velan, no quiso confesar que había dormido profundamente.

CARLOS DE OCHOA Y MADRAZO

MARTINITO Ó EL PRIMER ANIVERSARIO

Fué su padre un viejo magistrado que repetía con frecuencia el aforismo de que las tres cosas de más valor en el mundo, son el dinero, el talento y las relaciones. No tenía el buen señor mucho de las dos primeras, pero en cambio poseía de las últimas un caudal inmenso que cultivaba con un esmero que se explica fácilmente, toda vez que por su medio había llegado á la posición que tenía y gracias á la cual iba viviendo con más desahogo que otros muchos de análogas ó mejores condiciones.

Empero la muerte, que no respeta á la magistratura más que á cualquier otra clase de la sociedad, tuvo á bien incluir en la nota diaria de sus víctimas á don Melchor, y un anuncio funerario en *La Correspondencia de España* dió á conocer á los numerosos amigos del funcionario que éste había pasado á mejor vida.

Lo que no expresaba el anuncio, y esto se lo digo yo en confianza á mis lectores, es que la viuda é hijo del Excmo. Señor quedaban en la más angustiosa situación, puesto que no contaban para sostenerse más que con los derechos pasivos, no muchos ni muy crecidos, que pudieran corresponderles, lo cual no alcanzaba á cubrir los gastos á que estaban acostumbrados los supervivientes. Y aquí entra la prodigiosa labor de doña Romana, madre de nuestro protagonista. Admira el considerar cómo una mujer ya madura y sin grandes atractivos personales, pudo conservar en todo las apariencias y dar á su hijo una carrera tan larga y costosa como lo es la de derecho.

Gracias, sin embargo, á las relaciones y á esa ciencia no clasificada aún que se denomina *cucoología*, todos los obstáculos fueron allanándose poco á poco. Entre otras muchas cosas largas de enumerar, obtuvo primero un destino para Martinito, luego una recomendación para que éste no asistiera á la oficina y por último la exención de los derechos de la licenciatura, etc., etc. Cumplida esta primera parte del programa, disponíase la viduora doña Romana á cumplir la segunda, ó sea la de casar á su hijo con una rica heredera; empero una pícaro pulmonía, de esas que con harta prodigalidad regala el Guadarrama á los habitantes de la coronada villa, cortó el hilo de aquella preciosa existencia, y Martinito quedó solo y huérfano, pero empleado con doce mil reales y con admirables disposiciones para seguir la política tradicional de sus progenitores.

Alto, delgado, de buena presencia, de rostro más pronto feo que guapo, pero tan desenvuelto en sus maneras y audaz en sus propósitos, como escaso de inteligencia y corazón, Martinito, resuelto á luchar por la existencia, formóse su plan y comenzó á ponerle en práctica inmediatamente. ¿Qué era lo que se proponía? ¿Con qué medios esperaba realizar sus aspiraciones? No es difícil de averiguar escuchando la conversación que un par de años después de la muerte de su madre sostenía con dos amigos, que como él pretendían pertenecer á la *alta goma*.

Sentados los tres en el balcón con pasamano de terciopelo rojo del *Hige Club*, presenciaban con aire displicente el animado aspecto que ofrece la calle de Alcalá al verificarse el regreso de los paseantes del Retiro y la Castellana.

— Martinito, dijo de pronto uno de los contertulios llamado *Tonino*, chico de buena casa, pero que se había jugado ya hasta los cimientos de ella. Me ha dicho Villatomate que van á hacer muchas cesantías en Gobernación. ¿Tú no estás allí?

— Si he de decir la verdad, replicó el interpelado, casi no sé en qué ministerio estoy; tengo así como una idea de que mi oficina está en la Puerta del Sol.

— Eres el perfecto empleado español, dijo sentenciosamente el tercer colega, conocido en el club con el apodo de *Moscatel*, á causa de ser uno de nuestros más distinguidos borrachos.

— Sí, hombre, déjame á mí de oficinas y papelucho que á nada conducen. Eso de asistir á la oficina y emborronar expedientes es bueno para esos infelices sin influencia que no tienen dónde caerse muertos, ¿pero yo?.. Bastante me importa eso. El habilitado me trae á casa la nómina y en paz. Ya comprendes que cuarenta y cuatro duros y medio miserables que me quedan limpios no son para sofocarse mucho.

— Anda, observó con gravedad *Tonino*, que con cuarenta y cuatro duros si cogieras una buena racha y les dieras ocho golpes sin retirar...

— Sí, pero esas rachas no me soplan á mí, que cuando hago una postura quiebra el juego.

— Porque jugarás en seco, respondió *Moscatel*. Yo cuando apunto aunque no sea más que una peseta, antes me tomo media botellita de Martel, tres estrellas, que es mi autor favorito, con lo cual podré no ganar, pero de fijo...

— Te duermes sobre la mesa, interrumpió Martinito soltando la carcajada.

— Chico, cada hombre tiene su flaco. Yo en cambio no *bicicleto* como *Tonino*, ni le hago el amor á las beatas ricas y feas como tú.

— ¿Yo? ¡Eso no es verdad!

— ¡Vaya, hombre, que todo se sabe en esta casa, hasta las deudas que tienes, que no son pocas!

— ¿A qué beata rica le he hecho yo el amor?, replicó Martinito sulfurado, especialmente por lo de las deudas; di, hombre, di.

— A cincuenta; no quiero citar nombres.

— Eso son tonterías tuyas.

— ¿Mías, eh? Pues mira: en el *Garden party* de la embajada turca, anteaer, al verte entrar Conchita Lili, que estaba en un corro, dijo: «Ya está ahí el devoto peregrino,» y luego contó tus pretensiones á la vetusta condesa de San Caralampio, con otras cosas muy alegres y divertidas. Nada, chico, que te conozco.

Martinito se puso rojo de ira, y tal vez hubiera contestado alguna desvergüenza gorda á *Moscatel*; pero como por un lado era cobarde en extremo y por otro el bebedor gozaba fama de gran espadachín, tuvo por más prudente echar la cosa á broma, y despidiéndose de *Tonino*, que durante la discusión se entretenía en tirar bolitas de papel á la florista del kiosco cercano, tomó las de Villadiego con ligero paso, dejando á los dos colegas que le desplumasen á su sabor.

Ya en la calle, dirigióse hacia la Puerta del Sol; mas al llegar junto al Salón del Herald, un hombre de aspecto vulgar y mal encarado, provisto de un grueso garrote, le detuvo diciéndole:

— ¡Hola, D. Martín, celebro el encontrarle!

El joven dió un salto, como si de repente hubiese visto aparecer una serpiente de cascabel, y miró alrededor como buscando por dónde escapar.

— Pues sí, prosiguió impávido el del garrote, no vuelvo más por su casa porque nunca está usted, según dice la portera; Se conoce que usted es como las golondrinas, que duermen en el aire con las alas abiertas.

— Pero Pablo, si yo...

— Bueno: aquí te pillo y aquí te mato. No quiero gastar más conversación. El pagaré está vencido hace muchísimo tiempo. Yo no quiero perder los cuartos, y según me ha dicho el habilitado, tiene usted, además de la retención, la paga adelantada y la mar de retirárs.

— Vamos, Pablo, sea usted razonable; el día 20 recibire dinero de Córdoba.

— Hombre, ¿se figura usted que me he caído de un nido? Me he informado muy bien, y sé que ni en Córdoba ni en ninguna parte tiene usted más tierra que la del cementerio. Ya estoy harto de farándulas; y así, ó para el 20 me da usted ese pico, ó sin más avisos le meto á usted en la cárcel.

— ¿A mí, cómo?..

— Tiene usted mala memoria, cuando no recuerda que en la escritura de préstamo declaró usted que tenía el sueldo libre, lo cual era falso.

Martinito quedóse aterrado al recordar aquella imprudencia, que constituía un delito de estafa.

— Por Dios, hombre, ¿y qué va usted ganando con el escándalo?

— Pues el gustazo de ver á un señorito con el capuchón. Conque lo dicho, dicho, y hasta la vista.

Tras de lo cual el vengativo usurero dió media vuelta, mientras Martinito salía disparado, diciendo para sí:

— Es preciso, indispensable, hay que dar el golpe; afortunadamente mañana es el aniversario ya, y Rosalía está rabiando porque le diga yo algo.

Al día siguiente de las escenas que quedan descritas, Martinito, vestido de punta en blanco y ostentando una enorme gardenia en el ojal de la levita, subía reposadamente la alfombrada escalera que conducía al cuarto habitado por Rosalía González, la hermosa viuda de D. Pánfilo García, ministro que fué de la corona.

El criado que abrió la puerta, conociendo á Martinito como *de la casa*, condújole desde luego á una elegante habitación en la que Rosalía, sentada en un diván, se entretenía en examinar varias coronas fúnebres que después de haber figurado en la función religiosa de la mañana iba á enviar al soberbio panteón del ex ministro en la patriarcal de San Isidro.

Hay que advertir que Martinito, que ya en vida de D. Pánfilo había logrado hacerse el indispensable, desempeñando con celo sin igual cuantas comisiones y encargos se le antojaban al conspicuo personaje, una vez fallecido éste, nació en su mente el ambicioso proyecto de sustituirle, y en su consecuencia redobló su asiduidad y complacencia más serviles para con la joven viuda, dedicando por completo su existencia á desempeñar el papel de amigo leal y desinteresado, amén de otros oficios más serviles, animado á ello por las frases de agradecimiento y las expresivas sonrisas de Rosalía, que le trataba con la mayor confianza y abandono, haciéndole concebir las más lisonjeras esperanzas para cuando terminara el año de luto riguroso. Aquella misma mañana, al escuchar de los labios de Martinito la relación circunstanciada del funeral, dispuesto por ella y ejecutado por él, Rosalía, obligada á recibir la visita de unos parientes, había dicho á su edecán bajando la voz y con la más encantadora de las sonrisas:

— Martinito, toda buena acción merece su recompensa. Lo que usted está haciendo desde que murió Pánfilo exige de mí la demostración de mi afecto. Vuelva usted á la tarde y hablaremos.

He aquí, pues, por qué Martinito embriagado con las más dulces ilusiones acudía puntual á la cita de Rosalía. Sin embargo, el asunto de pronto no marchó tan de prisa como su impaciencia anhelaba. La encantadora viudita parecía prestar más atención á las coronas funerarias que á la charla de nuestro personaje.

— Vamos, dijo éste para sí; se hace la indiferente, efecto del natural rubor. No he de esperar que ella se declare; facilítémosle el camino. Rosalía, añadió en alta voz, aunque usted como siempre está hermosísima, ya tengo ganas de que deje el traje negro. Le sientan á usted tan bien los tonos claros.

— Pronto tendrá usted ese gusto, porque desde mañana vestirá de alivio.

— Hará usted muy bien; basta con un año de luto riguroso. Ahora es necesario que recobre usted su rango de mujer *fashionable* en el mundo que tanto



EL PRIMER ANIVERSARIO, dibujo de N. Méndez Branga

(Véase el artículo del Sr. Danvila Jaldero)

tiempo ha estado privado de usted. Además de su belleza tiene usted todas las condiciones necesarias para brillar donde guste y como quiera, y si ese corazón se rindiera de nuevo á los transportes de un nuevo cariño...

Y Martinito entró de lleno en el repertorio de las frases cursis. Al oírlas Rosalía suspendió su tarea, le miró con gesto un tanto burlón, y aprovechando el momento en que el intrigante tomaba aliento para seguir su intencionada perorata, le dijo:

— Martinito. Tiene usted razón; así no estoy bien; necesito casarme.

El corazón del galante mancebo dió un salto en el pecho. Había llegado el momento crítico.

— A usted, prosiguió Rosalía, puedo confiarle mi secreto que pronto no lo será, porque quiero que mis relaciones sean públicas y oficiales.

— Muy bien hecho, lo aplaudo sin reservas. Y ¿quién es el venturoso mortal?

— ¿No lo conoce usted?

— No sé, no me atrevo...

— Pero ¿lo sospecha usted?

— Tal vez, murmuró modestamente el majadero.

— Pues no se necesita gran penetración. Todo el mundo sabe que mi casamiento con Pánfilo fué una imposición de mi padre. Yo tenía relaciones con mi primo Carlos, el ingeniero. Durante mi matrimonio ni aun con el pensamiento le he faltado á mi esposo; pero hoy, libre ya é independiente... Nada, Martinito, que me caso con Carlos.

Si el garrote del usurero Pablo hubiera caído sobre la cabeza del pretendiente, no le habría causado tan terrible efecto como el que le hicieron las intencionadas frases de Rosalía. Púsose colorado como un pavo; balbuceó unas frases inconexas, y no sabiendo cómo disimular su confusión, quitóse el monoculo y se puso á frotar el cristal con el pañuelo. Rosalía, lista como buena madrileña y mujer de sociedad, comprendió perfectamente la situación, y poniéndose de pie se acercó al desdichado y le dijo:

— Eso aún tardará; tiempo tendremos de hablar de ello. Ahora debemos ocuparnos de otra cosa más práctica y positiva para usted. Sus servicios merecen una expresión de mi agradecimiento. Sé por Moscatel que está usted un poco así..., vamos, apuradillo... Dos ó tres mil pesetas le salvarían á usted de un compromiso; puede usted cuando guste pedir las á mi administrador, que tiene órdenes mías sobre el particular.

— ¡Rosalía! ¿Yo admitir dinero? Jamás. ¡Qué se diría!

— Vamos, no sea usted tonto, nadie lo ha de saber; acepte usted eso en la forma que más le convenga. Entre amigos no es desdoro, y luego... Carlos tiene muchísima influencia y no querrá usted indisponerse con su futura.

Martinito vaciló un momento, pero el recuerdo del usurero y sobre todo los hábitos tradicionales de su familia vencieron sus escrúpulos, comprendió el partido que podía sacar de la nueva situación, y estrechando calurosamente las manos de la viuda, le dijo:

— ¡Gracias, Rosalía, es usted un ángel! ¿A qué hora estará el administrador en el despacho?..

A. DANVILA JALDERO

EL PINTOR BOHEMIO VACSLAV BROZIK

Nació Brozik en 1851 en una pequeña aldea bohemía llamada Tremosna. Sus padres, pobres trabajadores, se trasladaron á los dos años á Kosir, cerca de Praga; allí asistió Vacslav á la escuela, que era para él un martirio, pues la asistencia á la clase le impedía dedicarse á su pasión por el campo y por la naturaleza. Aficionado desde su infancia al dibujo, era muy niño todavía cuando sus trabajos llamaron la atención hasta el punto de recibir encargos de un famoso litógrafo de Praga; protegido por una persona rica residente en la capital bohemía, dedicóse á perfeccionar sus estudios; pero habiéndole faltado esta protección cuando estalló la guerra de 1866, hubo de entrar en una fábrica de porcelana, que no tardó en abandonar para consagrarse exclusivamente al arte. Al poco tiempo entró en la Academia de Praga, cuando contaba diez y siete años, después de haber permanecido una temporada en el taller del profesor Hauser: sus estudios y progresos fueron notables, pero la enseñanza académica con sus reglas y sus trabas no se ajustaba á su temperamento independiente, así es que abandonó aquel establecimiento en 1870, comenzando entonces su verdadera carrera artística. Estudió con el pintor de historia de Praga Emilio Lauffer, y al año siguiente presentó en una exposición local un cuadro histórico que llamó la atención de los inteligentes; pasó luego á Dresde, sufriendo allí toda suerte de privaciones, y viéndose



EL CÉLEBRE PINTOR BOHEMIO VACSLAV BROZIK

obligado para ganarse el sustento á pintar copias de cuadros de la Galería de aquella ciudad, hasta que el éxito conseguido por dos cuadros que presentó en el Salón de Praga de 1872 mejoró su situación. Después de una estancia en la capital bohemía, marchóse á Munich, en donde estuvo hasta 1875 en que regresó á Praga y se dedicó definitivamente á la pintura histórica.

En 1876, gracias á la ayuda de un amigo, pudo realizar su sueño dorado de visitar París, y en 1877 presentó dos cuadros en el Salón, que por tratarse de un autor desconocido apenas llamaron la atención del público y de la crítica. Brozik se propuso, en vista de esta indiferencia, lograr un triunfo al año siguiente, y en efecto, su cuadro *Los embajadores de Ladislao en la corte de Carlos VII* fué declarado por los



LOS EMBAJADORES DE LADISLAO EN LA CORTE DE CARLOS VII, cuadro de Vacslav Brozik reproducido con permiso de su propietario M. C. Sedelmeyer, de París

críticos el mejor lienzo histórico del Salón de 1878, mereciendo una segunda medalla y siendo adquirido por M. Sedelmeyer por la suma de doce mil francos.

Desde entonces la carrera de Brozik ha sido una serie no interrumpida de triunfos. En el mismo año de 1878 el citado cuadro fué premiado con medalla de oro en el Salón de Bruselas y en 1879 con una primera medalla en la Exposición de Berlín. En la actualidad es oficial de la Legión de Honor y caballero de varias órdenes extranjeras y posee gran número de medallas de honor conquistadas en las más famosas exposiciones.

Brozik cultiva lo mismo la pintura histórica que la de género, el retrato y el paisaje. Sus principales cuadros históricos son: *Una familia protestante leyendo la Biblia*, *Una fiesta en casa de Rubens*, *Juan Huss ante el concilio de Constanza*, *Comunión de los primeros protestantes bohemios*, *La presentación de Laura y Petrarca á Carlos IV*, *Colón en la corte de los Reyes Católicos*, *La venganza de los caballeros de Praga*.

Actualmente está pintando por encargo del emperador de Austria un gran lienzo que representa la fundación de la dinastía de los Habsburgos. — R. S.

¡PÁLIDA!

En la tablilla de ensayos del Circo se anunció para el día siguiente el ensayo del baile de gran espectáculo *Las flores*, que debía estrenarse aquella misma semana.

Llegó el siguiente día, que amaneció triston y melancólico. A las dos de la tarde principiaron á llegar bailarinas, figurantas, comparsas y asistencias; el maestro de baile, el primer violín, el director de pista y algunas otras gentes «de la casa.»

Las bailarinas formaron con sus familias grupos silenciosos, hasta que poco á poco fueron entrando las muchachas en los cuartos, para cambiar los vestidos de lanilla, las mantillas y los velos por los corpiños, las mallas y las sayitas cortas de percal, es decir, cambiando el vestido de calle por el traje de faena, deslucido ya en fuerza de pasos y de vueltas.

Cuando transformadas salieron otra vez á la amplia sala, que aún parecía mayor con sus inmensas gradas vacías, las muchachas se fueron sentando en las sillas alrededor de la pista, y un runrún como el de una colmena salió de los grupos, perdiéndose en el altísimo techo del Circo, lleno de trapecios, redes y alambres.

La tertulia aquella prolongóse como de costumbre. En tanto, regó un mozo el entarimado de la pista, hicieron encaje, toquillas ó calceta las figurantas más laboriosas; alguna acalló con un beso el lloriqueo de un pequeño, otras en un corrillo de hombres buscaron al amigo ó al pariente, y las menos dedicáronse no más que á la charla con sus familias ó sus novios.

Llegó el director de la compañía, gruñendo como siempre; habló con el maestro de baile, y mientras el primero se acomodaba en un palco con el representante de un nuevo artista, el segundo dió orden al músico. Éste principió á rascar el violín, que pareció exhalar amargas quejas, y comenzó el ensayo.

¡Qué triste le parecía todo aquello á Luis, un periodista amigo de la empresa, que por primera vez asistía á aquel espectáculo!

Allá fuera, en la calle, la lluvia menuda que caía

con monótono ruido; dentro, en el Circo, el tono gris del cielo que se dejaba ver en pedazos por las abiertas ventanas. Los escalones de las gradas, pintados de amarillo, como gradería inmensa de un pórtico siniestro; la línea circular de los palcos, ahora silenciosos y vacíos, pintados de blanco, sin una nota alegre que rompiera sus inflexibles líneas, sin una mujer hermosa, sin ninguna cabecita rubia infantil que se asomara por el antepecho, como en las funciones de la tarde. Luego las ringleras de sillas de color de limoncillo y la valla de la pista, rígida y blanca. Y allá arriba el techo blanquecino, manchado por alguna gotera, los aparatos anudados é inmóviles y la clara-boya mostrando el mismo cielo que las ventanas...

No, no era aquel el Circo que Luis había visto por las noches alegre y bullicioso, como no eran las mujeres que bailaban en la pista las que él vió á los destellos de los arcos voltaicos ni á los cambiantes de la luz Drumont.

Aquellas parecían vestir con pétalos de rosas, éstas semejaban vestirse de andrajos. Aquellas formaban por grupos uniformes armónico conjunto, ahora cerca de la malla negra y remendada estaba la de color



UNA FAMILIA PROTESTANTE LEYENDO LA BIBLIA, cuadro de Vaclav Brozik, reproducido con autorización de su propietario M. C. Sedelmeyer, de París

blanco llena de zurzidos, con la faldeta azul contrastaba la verde, todas distintas, usadas, desteñidas como retazos de tela procedentes de un baratijo.

Los rostros que parecieron bellos, los bustos perfectos, eran pálidos, vulgares y ajados, como aquellos, trajes á la luz del día. Apenas si de todas aquellas mujeres desgredadas habría media docena que fueran bonitas.

La más bella era Josefina, ¡pero estaba tan enferma! Luis la adoraba, la quería para sacrificarla todo si hubiera sido preciso, pero aún no había llegado ocasión de decirselo á ella. Acaso fué para eso al ensayo y ya lo iba sintiendo.

La muchacha estaba física; en vano la vieron los médicos y la propinaron recetas. La única que podía alargarle la existencia era el reposo y la vida del campo; pero Josefina tenía que proveer al sustento de su madre. Si aquellas miradas que ella adivinaba en Luis fueran sinceras, aún sería dichosa lo poco que la restaba de vida. Cuando pensaba en esto la joven, su amarillento rostro tornábase alegre, sonreía todo; las orejitas de color de cera, transparentes y delgadísimas, se enrojecían de pronto y las mejillas blancas formaban dos hoyuelos encantadores. Luego volvía la hermosa pálida á decaer y tornaba á la belleza de la estatua de mármol, de líneas perfectas, de perfil correcto, pero de tonos blancos, fríos, inmóviles.

Los bailables salían mal, se repetía un tiempo, y luego otro, y se volvía al primero y otra vez á empezar lo mismo y siempre igual, con crueldad inusitada, como si aquellas muchachas no tuviesen músculos ni huesos capaces de fatigarse y resentirse.

Tras el minué reposado la danza loca; tras el desenfrenado galop el cadencioso vals.

Josefina tuvo que retirarse á descansar un momento, se sentía

muy mala, y allá se fué donde estaba su madre. Colocó dos sillas, echóse sobre ellas y reclinó su cabecita en la falda de la vieja. Y siguió la lluvia en la calle y la danza en la pista, al compás del violín que seguía gimiendo y de los bastonazos que para marcar el compás daba en el suelo el profesor de baile.

Por fin, acabaron las muchachas y ensayaron dos primeras bailarinas, que por lo que repitieron y tardaron llevaban trazas de no concluir nunca.

Luis se levantó de su silla, miró hacia donde estaba Josefina; pero ésta, algo más repuesta, habíase levantado y andaba por las gradas corriendo y saltando de uno en otro escalón. Parecía un pajarillo que iba de rama en rama. El joven pareció adivinar en aquello un sacrificio horrible, inmenso, algo así como una tortura infinita, y su semblante traslució en una mueca sombría toda la amargura de su alma. Hizo una seña á Josefina, acercóse á ella y le dió una mano

para bajar el último peldaño de las gradas.

Josefina apenas si podía respirar de fatiga, pero estaba satisfecha: en su rostro de perfectas líneas, pálido y anémico, habían salido dos rosetas de carmín. Luis podría verlas á la luz del día, observando que aquel alegre sonrosado era de la joven, suyo, propio; la claridad del cielo no miente como la de los reflectores. Luis se convencería que aquel color no era el que la prestaba el lápiz rojo cuando á la luz artificial salía de noche á la pista, sino el encarnado natural de la sangre que corre de prisa, machaquea las sienas y se transparenta en los tejidos de la piel. El joven rodeó con su brazo el talle de Josefina y deslizó en la oreja diminuta de la muchacha una frase que sólo oyeron los dos enamorados:

- No te canses, no te fatigues, no sufras, la dijo. Si yo te prefiero pálida, ojerosa y triste; te adoro como eres. Siempre he querido más que á la flor contrahecha y falsa con sus rojizos pétalos de trapo, la pura azucena ¡blanca y amarilla!.. - P. GÓMEZ CANDELA.

NUESTROS GRABADOS

Una jira, cuadro de Francisco Miralles (Salón Parés). - Para los habitantes de las grandes poblaciones, constituye una agradable diversión el pasar un día en el campo, ya que los sencillos placeres que les proporciona son un verdadero descanso, un paréntesis para su activa existencia. La plácida calma que reina en la campiña, el puro ambiente que con avidez aspiran los pulmones, casi atrofiados por la mefítica atmósfera de los grandes centros, y el completo abandono y absoluta libertad que se disfruta determinan la más franca expansión y reportan al ciudadano un placer que no comprende el campesino, acostumbrado á ver diariamente las maravillas que le rodean, sin experimentar la más ligera emoción.

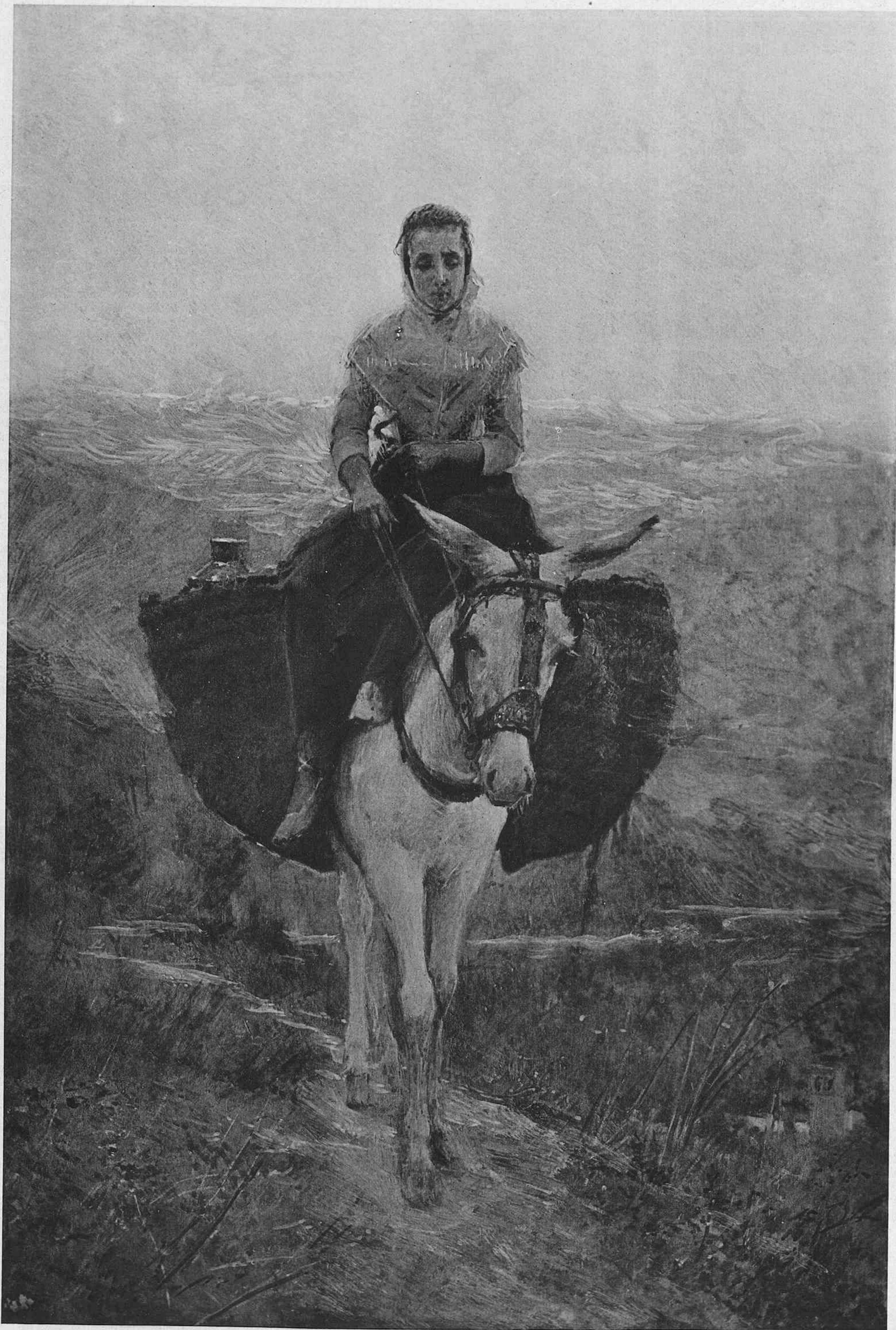
El bonito cuadro del Sr. Miralles representa una escena de tal índole, una jira, resultando ésta, como todas sus producciones, en extremo agradable y simpática, así por el asunto como por la acertada agrupación de las figuras y singularmente por su agradable tonalidad.

La lechera, cuadro de Modesto Teixidor (Salón Parés). - Situado el pintoresco pueblecito de Vallvidrera casi en la cima de la cordillera, que á modo de muralla limita la campiña barcelonesa, ofrece agradable estancia á los habitantes de nuestra populosa ciudad, que durante la estación veraniega buscan frescas brisas para refrescar sus pulmones. Inmediato á Barcelona, dominándola, ofrece violento contraste á aquel que

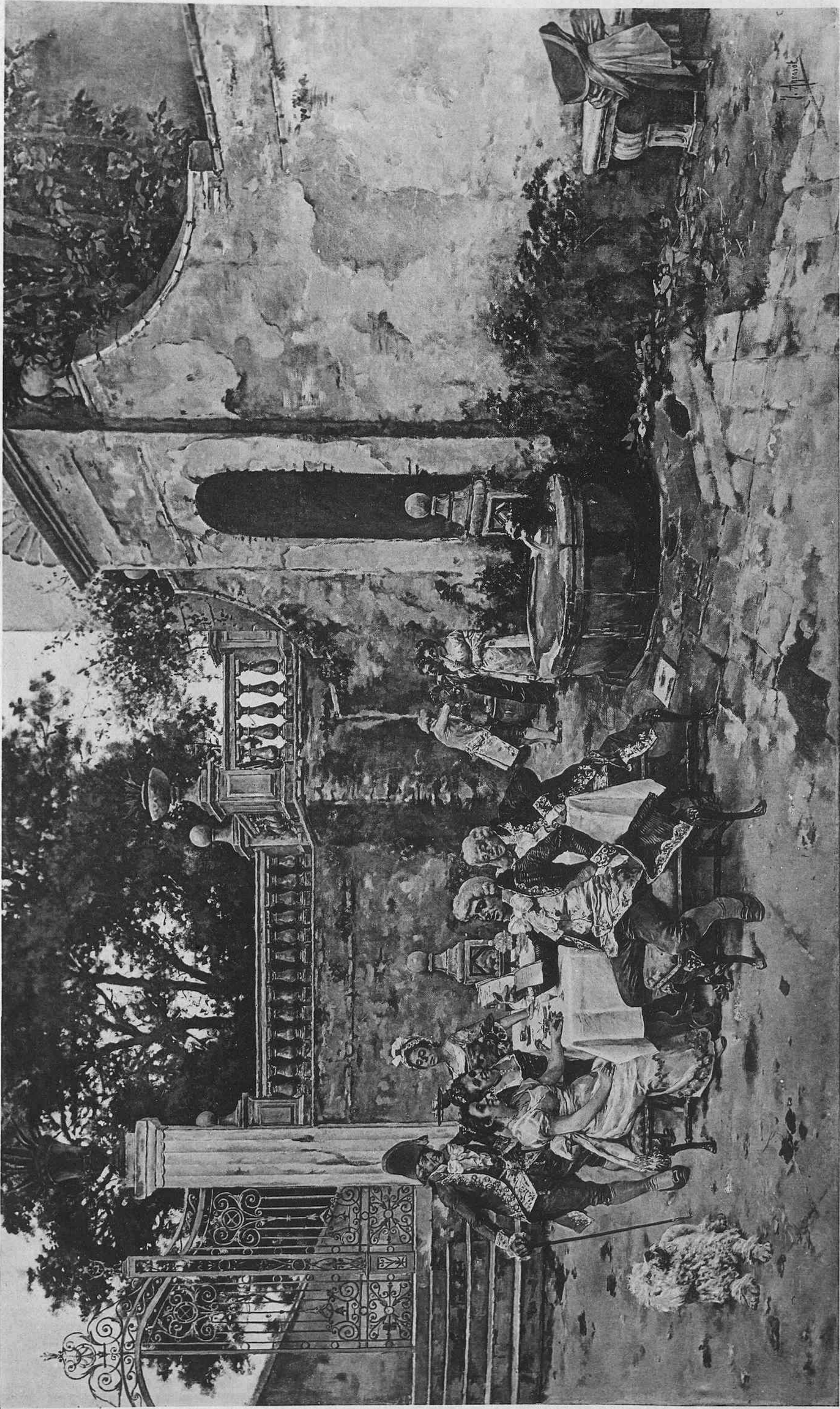
La lechera, cuadro de Modesto Teixidor (Salón Parés). - Situado el pintoresco pueblecito de Vallvidrera casi en la cima de la cordillera, que á modo de muralla limita la campiña barcelonesa, ofrece agradable estancia á los habitantes de nuestra populosa ciudad, que durante la estación veraniega buscan frescas brisas para refrescar sus pulmones. Inmediato á Barcelona, dominándola, ofrece violento contraste á aquel que



PRESENTACIÓN DE LAURA Y PETRARCA Á CARLOS IV EN EL PALACIO DEL PAPA EN AVIGNON, cuadro de Vaclav Brozik, reproducido con autorización de su propietario M. C. Sedelmeyer, de París



LA LECHERA, cuadro de Modesto Teixidor (Salón Parés)



DE SOBREMESA, cuadro de Joaquín Agrassot (Salón Parés)

lo visita, puesto que á pesar de su proximidad á un centro populoso, conserva el encanto y los caracteres típicos de los pueblos de la alta montaña. Estos han inspirado al distinguido pintor Modesto Teixidor el bello cuadro que damos á conocer á nuestros lectores, reproducción fiel y exacta de uno de los tipos que más llaman la atención de Vallvidrera.

La lechera revela el natural y constituye un bello estudio, simple y justo, cual todas las producciones del Sr. Teixidor, digno sucesor y discípulo de quien mereció por su laboriosidad y virtudes el respeto y la consideración de sus conciudadanos.



EL SR. DUPUY DE LOME, ministro de España en los Estados Unidos

El ministro de España en los Estados Unidos, Sr. Dupuy de Lome.—Difícil por demás es el desempeño del cargo de representante de España en la República norteamericana en las presentes circunstancias. Las disposiciones de una parte del pueblo yankee y la facilidad que para su propaganda encuentran allí los separatistas cubanos, exigen de nuestro ministro una vigilancia y un tacto que no todos los diplomáticos tienen. El Sr. Dupuy de Lome se ha acreditado en el puesto que ocupa de hábil y celoso de los intereses que le están encomendados, y así lo reconocen sus amigos y sus adversarios políticos, que elogian cual se merece el acierto con que ha sabido proceder en todas las cuestiones surgidas con motivo de la guerra de Cuba, correspondiendo dignamente á la confianza que en él tiene depositada el gobierno.

de fundición. Todos los materiales empleados han sido exclusivamente españoles, lo mismo que todas las personas que en su construcción han intervenido. Su coste puede calcularse en un millón de pesetas. Al acto de la inauguración asistieron los ministros de Fomento y de Ultramar.

De sobremesa.—La recolección de flores en Valencia, cuadro y dibujo de Joaquín Agrassot.—Ventajosamente conocido es Agrassot en el mundo del arte, habiéndonos ofrecido ocasión repetidas veces para ocuparnos de sus méritos y de sus obras. Trátase de un nombre siempre respetado y de un artista al que siempre hemos dado muestra de la estima y consideración que nos merece. Nada hemos de agregar, por lo tanto, á lo expuesto en otros números de esta revista, como no sea confirmar y ratificar nuestras apreciaciones. A ellas, pues, nos referimos, permitiéndonos hoy únicamente llamar la atención de nuestros lectores acerca del precioso cuadro de género que bajo el título *De sobremesa* publicamos en ese número, y del dibujo original con que nos ha favorecido el maestro valenciano, reproducción ó trasunto de un cuadro de costumbres de aquella encantadora región.

Nuevos sellos del Perú.—Para conmemorar la fecha de la exaltación á la presidencia de la República de D. Nicolás de Piérola, el gobierno peruano emitió unos sellos de correos conmemorativos que sólo circularon el día 8 de septiembre último y de los cuales reproducimos dos en esta página. La emisión que se hizo fué de 50.000 pesos y quedó agotada en menos de seis horas, pues los coleccionistas y comerciantes se apresuraron á proveerse de estos nuevos sellos, que vienen á aumentar la larga lista de los sellos conmemorativos á que tan aficionados se muestran, por la cuenta que les tiene, los países de América y algunos de Europa, y que son la desesperación de los coleccionistas, puesto que gracias á este sistema hácese cada día más difícil cultivar la afición filatélica á los que no disponen de un buen capital.

MISCELÁNEA

Bellas Artes.—BARCELONA.—En distintos locales de nuestra ciudad ha expuesto el Círculo Artístico varias colecciones de cartulinas, como muestra de las que se expendrán con motivo de la Exposición que el día 7 se inauguró en el Salón Parés. Todas ellas atraen las miradas del público,

por cuanto cada una es un autógrafo de alguno de nuestros artistas; todos, viejos y jóvenes, así los que gozan ya de justa notoriedad como los que se hallan en vía de obtenerla, han contribuido á hacer interesante esa original manifestación del Círculo Artístico que no dudamos será acogida por nuestro público como se merece, por los propósitos que la motivan y por la manera atractiva de realizarla.

La adquisición de las cartulinas, que se expendrán sobre cerrado, dará derecho á alguno de los regalos que figurarán en la Exposición, cedidos á este objeto por varios socios del Círculo.

La venta se hará por series de diez y cinco ejemplares, encerrados en sobres cuya cubierta llevará los nombres de los autores que cada uno contenga. Los ejemplares sueltos serán

SPORT

UNA FIESTA CICLISTA. — CARRERAS DE CABALLOS.
EL «SPORT» NÁUTICO EN ÁFRICA.

De brillantísima puede calificarse la apertura del velódromo de invierno de París, con el espectáculo que ofreció á la numerosa concurrencia que llenaba sus vastas dependencias.

El *Handicap* de 900 metros fué ganado por Durand, René y Valentín, en medio de grandes aplausos. Pero lo que constituía el *clou* de la fiesta era el *Gran premio de Madagascar*, el cual fué disputado por los más afamados ciclistas franceses.

Bourrillón, Banker y Jacquelin se presentaron con sus máquinas en la pista, principiando la carrera con general expectación. Las diez vueltas de recorrido iban á ser vencidas por Bourrillón, que iba á la cabeza, cuando Jacquelin, haciendo un titánico esfuerzo al llegar á la meta, logró ponerse delante de su adversario á la escasa distancia de un metro.

La carrera de 50 kilómetros en pista, por la cual había notable interés, fué vencida por Bouhoms, en 1^h 6^m 6^s.

Con la última carrera verificada finalmente en el hipódromo de Chantilly, se ha terminado en el presente año la serie de fiestas hípicas. Ya sólo se esperan las carreras que en breve se verificarán en Maisons-Laffitte, y de las cuales los inteligentes se prometen agradables sorpresas en vista de ciertos caballos inscritos, recién adquiridos por unas afamadas cuadras, muchas veces vencedoras.

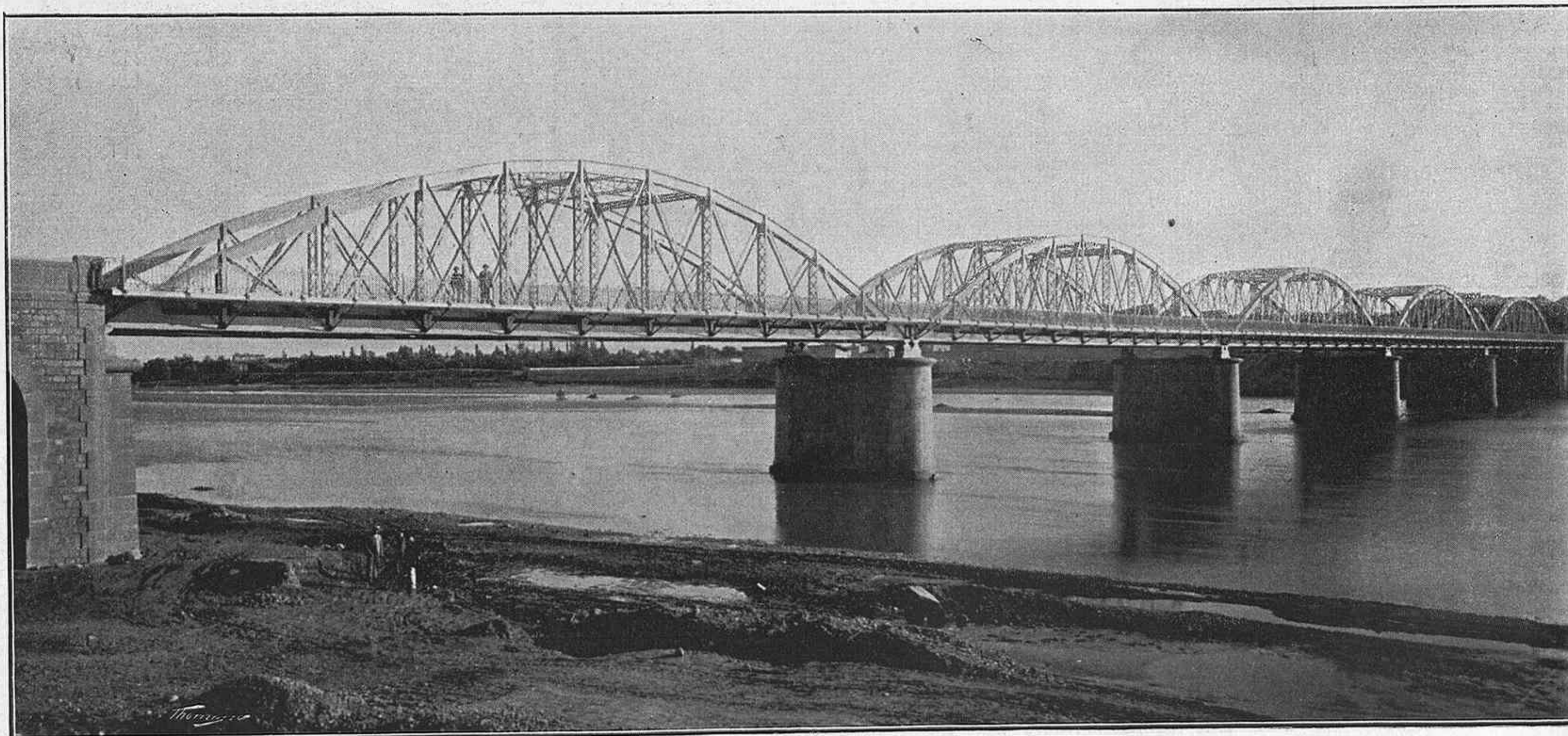
En las carreras de Chantilly hubo dos premios que fueron dignos de ser citados por la brillante lucha con que fueron disputados. El de *Ermenonville*, 7.000 francos á 2.000 metros, que fué ganado por «Bricole», de M. Menier, montado por Watkins; y el de *Saint-Firmin*, 15.000 francos á 1.200 metros, obtenido por «Sauterie», del barón de Rothschild, montada por W. Pratt. Esta hermosa yegua atrajo la atención general de



Sellos que circularon en el Perú únicamente el día 8 de septiembre último, en conmemoración de haber subido á la presidencia de la República D. Nicolás de Piérola.

los inteligentes; hija de la célebre «Aida», ha heredado de su madre la esbeltez delicada de sus formas á la vez que la pasmosa celeridad que la dió alto renombre.

La creciente afición al *sport* náutico, que se va arraigando y tomando carta de naturaleza en el litoral africano de las costas argelinas, ha motivado un hecho que no deja de ser recomendable dentro del *sport* del *Yachting*. Hace pocos días fué lanzado al mar el primer yate de recreo que se ha construído en



NUEVO PUENTE DE HIERRO SOBRE EL EBRO, CONSTRUÍDO POR LA MAQUINISTA TERRESTRE Y MARÍTIMA, solemnemente inaugurado en Zaragoza el 18 de octubre último (de fotografía)

Nuevo puente sobre el Ebro de Zaragoza.—El día 18 de octubre último, con ocasión de las fiestas del Pilar, inauguróse en la capital aragonesa el nuevo puente sobre el Ebro, que enlaza la Puerta del Sol de aquella ciudad con la carretera de Francia. El puente construído por *La Maquinista Terrestre y Marítima* de Barcelona mide 795 metros de largo y algo más de 12 de ancho; su peso total en la parte metálica es de 912.450 kilogramos de hierro laminado y 45.877 de hierro

anónimos, exteriormente; de manera que por cinco pesetas puede al azar obtenerse un trabajo de Graner, ó de Masriera, de Pascó, de Pellicer, de Mestre, de Roig y Soler, de Feliu, de Triadó, etc., etc., y con ser la suerte favorable, además alcanzar algunas de las obras ofrecidas como regalo.

En el próximo número nos ocuparemos de este importante acto del Círculo Artístico, que no podemos menos de aplaudir con verdadero entusiasmo.

aquellas regiones, el «Fkirna», y que así por su esmeradísima construcción como por los excelentes resultados que ha dado en sus pruebas, merece colocarse en primera fila de las construcciones de su género. Existen en Argel, Orán, Philippeville y Bona diversos clubs náuticos; pero hasta la fecha no se había construído ninguna embarcación en aquellas costas.

E. FONT VALENCIA



HERBOLARIA
MUNICIPAL
MADRID

ABANDONADA

NOVELA DE ENRIQUE GREVILLE. — ILUSTRACIONES DE SALVADOR AZPIAZU

(CONTINUACIÓN)

Conocía que aquello era la verdad; pero furiosa por no haber dado con aquella explicación tan sencilla, no quiso confesarse vencida y persistió en su calumnia.

— Sí que es verdad, replicó Marcela con tono de desafío. (Su dulzura de cordero se había convertido en una especie de rabia ante aquel encarnizamiento en acusarla de faltas que jamás soñara cometer.) Repito que es verdad, usted es la que miente.

Luisa levantó la mano presta á pegar, pero su madre le detuvo el brazo. Se desasó vivamente no queriendo parecer que cedía á la violencia. Su cólera no se hallaba satisfecha, sin embargo; así es que dirigiéndose á Marcela y mirándola con desprecio profundo é insultante, exclamó:

— ¡Ladrona! Una miserable recogida por caridad y que roba á sus amos.

La niña miró á Luisa, luego á la señora Favrot, recorrió con la vista aquella tienda donde había pasado cuatro años y sintió que aquellos rostros irrita-

dos y hasta aquellas paredes mezquinas y tristes le inspiraban odio profundo.

— ¡Yo ladrona!, dijo. ¡Oh!

No ocultó entre las manos su rostro rojo de indignación, sino que levantándose y dirigiéndose hacia su perseguidora, le dijo:

— Hace usted mal, muy mal; Dios la castigará.

Y antes que la señora Favrot pudiese adivinar lo que iba á hacer, abrió la puerta y se lanzó á la calle. La herbolaria quiso correr detrás de ella, pero su hija le detuvo.

— Déjala, dijo riendo despreciativamente; no temas, no tardará en volver.

— ¡La has tratado con sobrada dureza, Luisa!, dijo la madre descontenta; me parece que tienes mal corazón.

— No, mamá, contestó la vengativa muchacha; es ella que tiene mal carácter, porque tú la has echado á perder.

Allá en el fondo de su alma conocía que eran los

celos los que la impulsaban á acusar á la inocente niña, á la que ella misma amparara en su casa. Había querido á Marcela como una gran muñeca que fuera enteramente suya, algo así como un objeto encontrado en la calle y que se recoge porque carece de valor. Pero á medida que fué creciendo aumentó su instinto dominador y maltrató á la pobre niña.

Por otra parte, la rapaza tenía la culpa. Recogida por caridad, alimentada y vestida, ¿no debía considerarse dichosa en plegarse á todos los caprichos, en obedecer cualquier orden?

Luisa trató de hacer entrar esa convicción en el ánimo de su madre, que la rechazaba, tanto más cuanto que Marcela no volvía.

Un violento relámpago iluminó las nubes que se cernían sobre la ciudad, y retumbó el trueno con estrépito horrendo.

La herbolaria corrió al dintel de la puerta y trató de ver entre las tinieblas, más oscuras después de aquel fulgor. Entonces llamó á Marcela, pero sólo

contestó á su voz el fragor del trueno que no cesaba de estallar.

Gruesas gotas cayeron aquí y allá en la calle y luego un nuevo relámpago más deslumbrante que el anterior, seguido de un trueno más estridente, llenaron de pavor á Luisa, que llamó á su madre. Las diez daban en el reloj de San Vicente de Paul. Los coches se habían dispersado en todas direcciones y los vecinos cerraban las tiendas.

— Voy á ver á la planchadora, dijo la herbolaria, sobrecogida por terrible inquietud.

Salió y volvió al cabo de un momento, pálida y descompuesta.

— La señora Jalín ha salido á devolver trabajo y no ha vuelto todavía y nadie ha visto á Marcela... ¡Eres muy mala, Luisa! La niña lo ha dicho, Dios te castigará.

— ¡Oh, mamá!, exclamó la muchacha rompiendo á llorar; no creía haber obrado mal; pensaba que volvería, te lo juro.

A media noche la herbolaria estaba aún en la puerta de la tienda mirando ávidamente las sombras que pasaban, hasta donde podía alcanzar su vista. Luisa, cansada de llorar, se había dormido con la cabeza apoyada sobre el mostrador. La herbolaria, fatigada también por aquella espera inútil, entornó la puerta y se durmió en una silla, despertándose sobresaltada á cada momento. Inútil espera; Marcela no volvió.

XV

Al salir de la tienda, la niña corrió sin detenerse hasta la casa de la señora Jalín, á quien consideraba como su protectora y de la que esperaba los consuelos de que su pobre corazón tan maltratado sentía necesidad. Subió los cinco pisos sin pararse, se detuvo con la respiración anhelante, y llamó con timidez, pues de repente le asaltó el temor de que la planchadora le riñera y le echara la culpa de lo sucedido.

No contestaron. La buena mujer estaba fuera y no debía volver hasta muy tarde.

Marcela llamó otra vez y luego más fuerte y á golpes redoblados, con una especie de frenesí. Le parecía imposible que la señora Jalín estuviese ausente cuando tanta necesidad tenía de ella; á su edad no comprendía que la vida tuviera aquellas crueldades sarcásticas.

Convencida al cabo de la inutilidad de sus esfuerzos iba á bajar, cuando sintió unos pasos que se acercaban y oyó el ruido de una respiración cansada.

— ¡Debe ser la señora Favrot que viene á cogerme!, pensó Marcela.

La sangre se coaguló en sus venas, y se acurrucó en un rincón, pensando que la otra no advertiría su presencia.

— ¿Quién está ahí?, preguntó una voz cansada, con acento doloroso.

Era una pobre anciana vecina de la planchadora. Esto dió ánimo á Marcela, que preguntó:

— ¿Sabe usted si la señora Jalín volverá pronto?

— No, no lo creo, pues ha ido muy lejos. ¿Quieres algo, hija mía?

Marcela bajó la cabeza; lo que ella pedía, sólo su amiga se lo podía dar.

— No, señora, contestó, muchas gracias.

Bajó lentamente la escalera, entristecida por mil pensamientos que no acertaba á precisar.

¿Volvería á la tienda? No, de ningún modo. Solamente el pensarlo se sentía indignada hasta el colmo. ¿Esperaría en la calle el regreso de la planchadora? Esto era lo más natural..., pero ¿y si la herbolaria iba á buscarla? ¿Y si colérica como estaría le pegaba otra vez?

Al recordar los golpes, la niña, á quien su madre jamás había pegado, sentía la indignación sin límites que experimentó al pegarle Luisa la bofetada, y se dijo á sí misma que jamás sufriría de nuevo tamaña humillación. No, nunca: primero la muerte.

Al salir de la casa, atravesó la calle procurando ocultarse detrás de los coches de punto parados en la plaza, y dando la vuelta á ésta, se halló en un sitio desde el cual podía ver detrás de la reja el banco donde su madre había muerto.

Era allí donde una noche de verano había quedado sin familia, sin apoyo, perdida en aquel gran París donde tanto sufría ahora. ¡Qué bien recordaba el sitio! ¡Cuántas veces los jueves, cuando era muy pequeña y Luisa no era sino una chiquilla muy caprichosa, obstinada y algo orgullosa, pero que distaba mucho de haberse convertido en un ser ingrato, maligno y casi perverso como ahora, cuántas veces Luisa la había llevado junto con sus compañeras de juego ante aquel banco para contarles con gesto enfático que allí Marcela, abandonada y perdida, había encontrado una protectora, una mamá. Luisa ha-

blaba de estas cosas naturalmente con tono de triunfo ante la niña prohijada, la que escuchaba con los ojos fijos y por la centésima vez la historia de su desgracia, referida con la misma tranquilidad que si ella no estuviera delante.

A menudo le habían asaltado deseos de decir á Luisa: «No cuentes la historia de mamá á estas niñas, pues me da pena.» Pero no lo había dicho recordando que Luisa era testaruda y voluntariosa, y que si ella le rogaba que se abstuviera, más hablaría todavía de aquel suceso, poniendo el semblante de júbilo malicioso que tan bien conocía la huérfana. Además una extraña vergüenza le impedía hablar de aquel doloroso asunto, cuyo recuerdo le infundía temor y cuyos detalles repetidos y comentados de continuo habían quedado impresos para siempre en su memoria infantil.

Miró el banco; era parecido á los demás y detrás de él había una espesa cortina de verdura. Marcela no pudo ver más que un extremo, porque el paseo daba vuelta en aquel sitio. Para verlo mejor se agarró con sus manos temblorosas á la verja y fijó sus miradas en el banco con expresión de ansiedad y de indecible angustia, como si esperara que podría, mirando de aquel modo, evocar la sombra querida de su madre.

Algunas gotas gruesas y tibias cayeron sobre la frente y el vestido de Marcela. Sintió de pronto ruido de pasos y vió venir á dos guardias.

— ¿Por qué no te vas á casa, pícara?, dijo uno de ellos que la conocía.

Le miró la niña con semblante asustado y de repente se puso á correr hacia los Campos Elíseos, recordando que por allí vivía la señorita Herminia.

— Si alguna vez te riñen, ven aquí, hija mía, le había dicho la solterona.

Marcela, que no había mentado jamás, creía todo lo que le decían; así es que trató de encontrar el camino de la calle de la Bomba, bajo aquella lluvia que caía más espesa cada vez.

La señorita Herminia acababa de despedir á Rosa después de haberle encargado las provisiones para el día siguiente y se aprestaba con una sensación de indecible bienestar á leer una hora ó más sus queridas novelas.

Cuando bien cerradas las puertas y los postigos y puesto todo en orden en la casa, Rosa con una vela en la mano asomaba en el dintel del dormitorio y decía: «¿La señorita quiere algo?» ésta contestaba que no, con una sonrisa y un movimiento de cabeza: Rosa se marchaba y la solterona reclinábase en un sillón, apoyando los pies en un cojín y se arrellanaba cómodamente y se disponía á leer con sus ojos présbites alguna novela, antigua ó moderna, pero siempre llena de románticas aventuras.

¡Cuántos amantes perseguidos, tutores inflexibles, suegras testarudas, traidores horrorosos, madres desesperadas y niños perdidos, á quienes se encontraba milagrosamente gracias á una cruz hecha en el brazo izquierdo; cuántos de esos seres quiméricos, fantasmagóricos é inverosímiles poblaban el campo de los recuerdos de la señorita Herminia!

Nadie podría decirlo, ni aun la empleada del gabinete de lectura, que le había hecho espontáneamente una rebaja, atendiéndole á la enorme cantidad de novelas que devoraba la buena señora.

Lo que más era de extrañar entre aquel fárrago de lectura es que la señorita Herminia no confundía jamás un libro con otro, ni á un personaje con otro personaje. Alguna vez no se acordaba de sus nombres, pero siempre tenía presente sus títulos y aventuras.

— Es, decía, el pasaje aquel en que el barón provoca á singular combate al conde; es el famoso desafío con las pistolas de arzón.

Y era cierto. La solterona lo recordaba todo, el autor, la fecha, el tamaño y el color del tomo; y hasta pretendía recordar el olor de un volumen leído dos años antes, con tal de que no hubiese pasado por el gabinete de lectura.

Aquella noche se instaló con más alegría que nunca junto al velador donde había una lámpara de espíritu de vino y sobre ella una tetera donde hervían unas hojas de naranja, que son el supremo remedio contra los calambres de estómago de que padecía algunas veces. Al lado tenía una novela en cuatro tomos, recién salida de la librería, sin cortar aún, cuyas primicias le ofrecía la señora Donnart antes de hacerlos encuadernar para los lectores menos distinguidos.

¡Qué hermosos eran aquellos cuatro tomos con sus cubiertas de color rosa pálido, sus caracteres de un rojo vivo y el retrato de la heroína en la portada del primero! En verdad que se prometía buena noche. La solterona abrió uno de ellos, indignándose mentalmente de que fueran tan anchas las márgenes

porque así habría menos lectura; pero sin detenerse mucho en fútiles consideraciones, tomó un cortapapeles de marfil y empezó á leer.

Los postigos estaban cerrados y corridas las cortinas, así es que no vió cómo los relámpagos se sucedían unos á otros; pero sintió el ruido de las ráfagas que sacudían los árboles del jardín.

— Mal tiempo va á hacer esta noche, pensó la anciana. ¡Pobres gentes las que duermen bajo los puentes á estas horas!..

Se estremeció de piedad pensando en aquellos desgraciados, y luego continuó leyendo.

El ruido de los truenos sonaba sin cesar en tanto que leía, pero la solterona no era mujer que se asustara por el ruido de un trueno.

De repente un estallido formidable conmovió la casa y la luz de las bujías pareció vacilar.

Después el ruido cesó de repente como sucede algunas veces, y sólo se escuchó á lo lejos el estruendo de la tempestad.

Sonó levemente la campanilla de la puerta de entrada y la solterona escuchó con atención alargando el pescuezo.

— Será el viento, dijo, encogiéndose de hombros. ¿Quién podría venir á estas horas y con un tiempo tan terrible?

Miró el reloj, que señalaba las once; el viento había calmado momentáneamente y la campanilla sonó por segunda vez con más fuerza. La señorita Herminia se estremeció, pero esta vez con verdadera angustia. Un paso pesado y regular sonó en la escalera y apareció Rosa con su eterno velón en la mano.

— Están llamando, señorita, y yo estoy asustada, pues me parece que han de ser ladrones.

La solterona movió la cabeza negativamente, pues por la experiencia que le daban sus largas horas de lectura sabía que los ladrones no acostumbran á llamar antes de entrar. Y así se lo dijo á Rosa, que la miraba llena de espanto.

Una tercera llamada más fuerte, casi desesperada, turbó el silencio de la noche y el badajo continuó batiendo la campanilla hasta que al fin se extinguió toda vibración.

— Es preciso ir á ver quién llama, Rosa, dijo la solterona, poniéndose su saco de lana.

— ¿Y si la asesinan á usted, señorita?

— Tú pedirás socorro, respondió la anciana.

— Tome á lo menos un paraguas, que se va á mojar. El jardín está lleno de agua. ¡Dios mío! Ya habría ido yo misma.

La solterona había abierto la puerta de la casa y con un paraguas en la mano y la linterna sorteaba lo mejor que podía las charcas del jardín. Brilló un relámpago en la negrura, pero la solterona sin inmudarse llegó hasta la misma verja.

— ¿Quién está ahí? ¿Quién hay?, preguntó ahuecando la voz.

— Soy yo, señora, Marcela Monfort... Me dijo usted que viniera.

La vocecita se extinguió como un sollozo, y Rosa y su ama se miraron extrañadas.

— ¡Tú! ¿La Marcelita de la señora Jalín?, preguntó la solterona con tono de duda.

— Sí...

Aquel grito no era más que un soplo que parecía salir de debajo de la tierra. En un momento la anciana recorrió los cerrojos y adelantando con precaución la linterna miró hacia fuera.

Era, en efecto, Marcela, calada hasta los huesos, desnuda la cabeza, con los ojos deslumbrados por la viva luz de la linterna, más bien acurrucada que de rodillas, en una postura desesperada.

— ¿De dónde vienes tan tarde?, murmuró Rosa con un resto de desconfianza.

— De allá abajo... ¡Me han llamado ladrona y no es verdad!..

— ¡Ea, levántate!, dijo la criada aún malhumorada.

— No puedo, dijo Marcela haciendo un esfuerzo.

Apoyó una mano contra la pared y trató de levantarse, pero cayó lanzando un débil suspiro y dió con la cabeza contra el suelo.

La solterona dejó el paraguas y se inclinó vivamente, pudiendo evitar así que la pálida frente de la niña diera contra el suelo. Con una fuerza que hacía años no empleara, levantó á la niña y la llevó hacia la casa, dejando que Rosa cerrara la verja y recogiera el paraguas y la linterna.

Subió la escalera á oscuras; entró en su cuarto alumbrado por el velón de Rosa y depositó su carga en el sofá. La fiel criada estuvo allí al cabo de un momento.

— Suerte que está puesta la funda, dijo viendo el vestido de Marcela chorreando agua.

La solterona, que no había cuidado jamás á ningún niño, en un momento hubo desnudado sin embargo á Marcela, despojándola de cuanto la molestaba.

ba, y cogiéndola otra vez en brazos la metió con precaución en la cama, la arropó y le hizo aspirar un frasco de sales que le presentaba Rosa. Marcela se movió ligeramente y se estremeció de pies á cabeza.

— La tisana, dijo la señorita Herminia.

Cucharada á cucharada aquella bebida caliente y azucarada penetró en la boca de la niña, que al cabo de un momento abrió los ojos y miró alrededor con semblante inquieto.

— No tengas miedo, dijo la solterona, que seguía las impresiones de aquel rostro infantil, donde se veía el rastro del amargo dolor que lo había contraído.

— ¿Es usted, señora? Si es usted no tengo miedo, dijo la niña con tierna confianza.

— Bebe esto, continuó la anciana. Obedece, monina, es preciso obedecer.

Marcela tragó el contenido de la taza y después se tendió de nuevo, diciendo:

— Tengo ganas de dormir...

Al cabo de medio minuto dormía y Rosa miraba á su ama con semblante consternado.

— Estamos bien arreglados. Voy á preparar una cama para esa chiquilla y luego cambiaré las sábanas de la de usted.

— No, Rosa, contestó la solterona con firmeza inusitada. Me harás la cama donde quieras, pero la chiquilla no se mueve de aquí.

Fué inflexible á pesar de las súplicas de su criada. Se acostó en el sofá, pero á las dos de la noche Marcela se despertó lanzando agudos gritos.

Con los ojos desmesuradamente abiertos y rígidos los brazos por el delirio, pedía perdón á todo el mundo, al sacristán de San Vicente de Paul, á la señora Favrot, á la implacable Luisa, al municipal que no quería dejarla mirar el «banco de mamá,» á un hombre que había encontrado en el *boulevard* y que le había infundido espanto, á todos, en fin, los que durante las últimas horas habían causado alguna impresión en aquel pobre cerebro de niña desamparada.

— ¡Pobrecita, pobrecita!, repitió la solterona muchas veces, inclinándose sobre ella para calmarla.

Aquellas no eran ya angustias de novela, y las lágrimas de compasión de la anciana cayeron ardientes y consoladoras sobre una infeliz, vencida en las luchas de la vida.

Al amanecer envió á buscar al médico, que compareció en seguida y examinó á la niña.

— Es una fiebre cerebral, dijo. Será una enfermedad larga y peligrosa. Debiera usted enviar esta niña al hospital del Niño Jesús.

— ¡Jamás!, exclamó con energía la solterona. No ha venido á llamar en vano á mi puerta durante la tempestad. ¡Al hospital! De ningún modo.

— Vaya, pues en ese caso, dijo el viejo doctor, voy á recetar; prevéngase y tome una enfermera, porque temo que la enfermedad sea pesada.

XVI

En la tarde de aquel día en que la señorita Herminia se iniciara por modo tan inesperado en los deberes y disgustos de la maternidad, la señora Jalín, avisada por un telegrama, llegó á la quinta completamente trastornada. El suceso aquel le pareció tan inverosímil que primeramente no creía en él. La herbolaria y su hija se acordaron durante mucho tiempo de lo que les dijo la buena mujer en el primer arranque de indignación, y que no por ser una serie de verdades dejó de parecer menos duro á las dos mujeres.

— En fin, les dijo al terminar, nadie está obligado á prohibir los hijos de otro; pero cuando esa buena acción se cumple, es preciso llegar hasta el fin y tratar á los advenedizos como á los propios hijos, ya que de lo contrario valiera más no empezar. A esos abandonados les queda la beneficencia pública para cuidarlos y educarlos, y al fin y al cabo siempre se cuida mejor de ellos que vosotros lo habéis hecho con Marcela.

Y al decir esto salió dejando á Luisa llorando á lágrima viva y á su madre semiavergonzada.

Marcela, acostada en la cama de la solterona, continuaba delirando sin dar grandes gritos ni intentar saltar del lecho. Reclinada en la almohada con los ojos brillantes y rojos los pómulos, contaba á seres imaginarios todos los tormentos de su vida. La caída bajo el ómnibus, de la cual no parecía haber guardado una impresión muy fuerte, la contaba sin cesar, con voz clara y melodiosa y que algunas veces parecía mojada en lágrimas. Después suplicaba al sacristán que no la echase de la iglesia, donde se estaba tan bien. La tempestad y las tinieblas con aquella lluvia pesada que caía sobre su desnuda cabeza como pedrea ininterrumpida, acudían también á su memoria, y de lo que estaba lleno su corazón hablaban sus labios. Pero entre tantos pesares como recordaba

no salían jamás de su boca los nombres de la señora Favrot y su hija.

— ¿Me conoces?, preguntó la señora Jalín acercándose á la cama, con los ojos inundados en lágrimas.

Marcela la miró; pareció recogerse un momento para recordar el timbre de su voz y luego continuó hablando como si nadie estuviera allí.

— Cuando me acuerdo, decía la planchadora, enjugándose los ojos, de que yo tengo la culpa de que esta niña esté aquí, en verdad, señorita, me pregunto si he obrado bien.

— Sí, contestó con firmeza ésta. Suceda lo que suceda, aun cuando..., ¡no, no quiero pensarlo! Suceda lo que suceda, esta

niña habrá sido cuidada y lo habré hecho yo, yo que siento el corazón contento con tenerla á mi lado y ocuparme en cuidarla. Parece-me que vuelvo á mi juventud, no sé por qué.

La vieja solterona respiró, recordando que en otro tiempo había soñado con ser esposa y madre, como todas las mujeres.

— ¿Hay, en efecto, alguna que en el fondo de su alma, siquiera en los lejanos tiempos de su juventud, no haya soñado en el velo blanco de las desposadas y en la canastilla de los recién nacidos?

— La señorita va á matarse si esto continúa así, gruñó Rosa, que acababa de entrar en la sala. No quiero que la señorita enferme.

— ¿Y si á mí no me importa?, replicó bruscamente la solterona.

— A pesar del respeto que debo á usted, le haré observar que esto no es incumbencia suya.

— ¿Cómo que no es asunto mío, Rosa? Rosa, ¿estás loca?

— No, señora. Como soy yo quien tengo que cuidar á usted si se pone mala y tengo ahora ya bastante trabajo con la chiquilla, he aquí por qué no quiero que usted enferme.

Rosa hablaba con tono brusco, pero respetuoso; su ama la miró y no pudo por menos de reírse.

— Vieja loca, le dijo afectuosamente, hace treinta y cinco años que me sirves y ¿aún no me conoces? Veamos qué quieres.

— Quiero que la niña pase á otra habitación, donde yo la velaré, y que la señorita vuelva á su cama, que es una lástima ver cómo se echa á perder con el hielo que propina ese demonio de médico.

— No quiero que salga de este cuarto, replicó la solterona. Pon una cama de hierro en el sitio en que está la cómoda.

— ¡La cómoda! ¿Y dónde pondrá usted entonces la ropa blanca y las corbatas?

— Me estás fastidiando, Rosa; guardaré la ropa donde me parezca; pero entretanto haz lo que te digo, trae una cama de hierro y quita la cómoda, ó si no, continuaré durmiendo en el sofá.

Rosa salió refunfuñando y al cabo de una hora había en la habitación una cama pequeña de hierro con barandillas y sábanas limpias, donde pusieron á Marcela, que no pareció advertir el cambio.

— Y ahora que todo queda arreglado, dijo la vieja sirvienta, y que la niña parece que está tranquila, voy á buscar una hermana de la Caridad.

— No, dijo la señorita Herminia.

— Si el doctor lo ha ordenado...

— ¿Lo ha escrito en la receta?, preguntó con ironía la anciana.

— No, contestó Rosa con voz firme; pero estoy segura que ha dicho que alguien debía velar á la niña.

— Yo, contestó la señora Jalín, ofreciéndose de todo corazón aun á riesgo de perder su clientela.

La señorita Herminia la miró como con despego.

— Usted, ¿y por qué usted? Este es asunto mío. ¡Dios mío! ¡Y qué extrañas son las personas! Uno dice al hospital del Niño Jesús, otra que va á buscar

una hermana de la Caridad, usted que quiere velarla; y yo, ¿qué voy á hacer durante este tiempo? ¿Es ó no á mí á quien Dios la ha enviado? Sin duda el Señor ha hecho que llegara á mí para demostrarme que se puede servir para algo más que para ser una egoísta caprichosa. Cada vez que me acuerdo que hay en este mundo niños que sufren y lloran y padecen hambre, en tanto que yo vivo vida regalada con Rosa y mis pájaros y mis gatos, no puedo menos de preguntarme si lo que he hecho hasta ahora no ha de acarrear alguna gran calamidad, como la pérdida de mi fortuna que no he sabido emplear.

— ¿A la señorita le parece que no es bastante cari-



La enfermedad fué larga

tativa?, gruñó Rosa retorciendo una punta del delantal, prenda que indicaba que iba á fregar los platos. La señorita está inscrita por cien francos en la lista de beneficencia y por cien más en la parroquia. ¿Cree usted que hay muchas señoras que hagan lo propio?

— ¿Quieres callar?, dijo la señorita con un gesto lleno de dignidad, á pesar de la amistosa amenaza que encerraban sus palabras.

Rosa desapareció en las profundidades del sótano sin dejar de murmurar. La solterona se inclinó sobre la cama de Marcela que dormitaba, y dijo:

— Hermosa mensajera de la Providencia: te salvaremos; porque si no, me consideraría yo muy desgraciada.

XVII

La enfermedad fué larga. Muchas veces, deteniendo sus miradas en la cama en que el pálido rostro de Marcela descansaba extenuado sobre la almohada después de los accesos de fiebre, la buena señora se preguntaba si todo aquel trabajo que se tomaba resultaría inútil. La solterona no lloró; durante tantos años había sentido humedecerse sus ojos ante el relato de dolores imaginarios, que aquéllos, reales y punzantes, le parecían demasiado grandes para traducirse en lágrimas.

¿Por qué se había despertado en ella tal simpatía hacia aquella niña desconocida? Nadie podría decirlo. Quizá era la ingenua fe que tenía Marcela en su buen corazón; quizá una voz que venía de lo alto se la imponía; quizá, como había dicho á la señora Jalín, el vacío de una vida sin objeto que de repente encontraba noble campo á su actividad se la había infiltrado. Pero sea cual fuere la causa, la anciana no se apartó noche ni día de la cabecera de la cama, ni advirtió la fatiga que cernía sus ojos, ni las arrugas que ahondaban en sus mejillas, hasta que al cabo un día le dijo el médico:

— La niña se ha salvado.

¡Salvada! Sí, lo estaba; pero ¡cuántos cuidados, cuántas atenciones, qué refinamientos de delicadeza para reanimar en ella la antorcha de la vida que todavía vacilaba! La convalecencia, que fué larga, pareció deliciosa á la buena anciana y á la pequeñuela, á quienes resultaba una fecha memorable cada paso que se adelantaba hacia la vida.

(Continuad)

SECCIÓN CIENTÍFICA

LA HORA EN CHINA POR EL SOL, EL AGUA Y EL FUEGO

Así como el sol y el agua han sido empleados por los astrónomos para conocer la hora, el fuego ha servido para indicar las velas de noche. La noche se dividía en cinco velas, que comenzaban al ponerse el

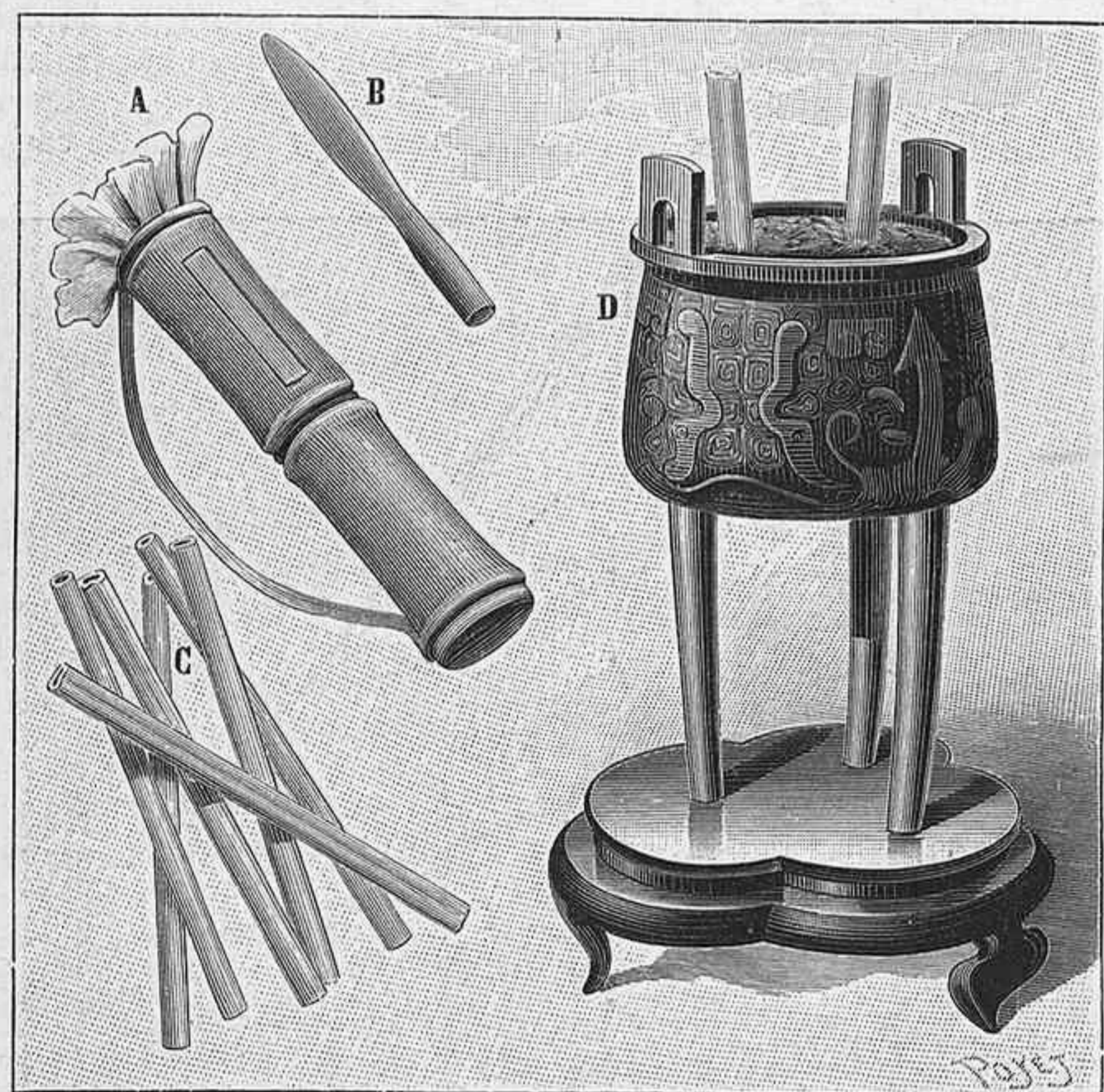


Fig. 1. - A B. Bambú para tocar las horas durante la noche. - C. Palos ardientes aromáticos. - D. Vaso de metal para los palos ardientes

sol y terminaban cuando éste salía, y que, como ya explicamos en el artículo *Clepsidra china de Cantón*, publicado en el número 718, eran más ó menos largas, según fuese invierno ó verano.

El anuncio de las velas tenía un doble objeto, indicar la hora y comprobar que no se descuidaba la vigilancia. Como en China estaba prohibido circular de noche por las calles, á menos de casos excepcionales, los guardias habían de interrogar á todos los que en aquellas horas estaban fuera de su casa. Algunos de estos guardias llevaban en la mano izquierda un cilindro de bambú hueco, sobre el cual golpeaban con la derecha, no sólo para atestiguar su vigilancia, sino que también para indicar la hora (fig. 1, A B). A veces este pedazo de bambú ó de madera en vez de ser cilíndrico tenía la forma de un pescado de 80 centímetros de largo por 15 de diámetro.

En 1668, Miguel Magalhaens escribía en su *Nueva relación de la China*: «En todas las ciudades y villas del Imperio hay dos torres, la del Tambor y la de la Campana, desde las cuales se anuncian las velas de noche. Al comenzar la noche ó la vela, el centinela da varios golpes en el tambor y la campana le responde en seguida. Luego durante el primer cuarto el centinela da un golpe en el tambor y el otro centinela da inmediatamente otro con un martillo en la campana: un rato después, el tiempo de un Credo próximamente, dan cada uno un golpe en el tambor y en la campana, y así continúan hasta que empieza la segunda parte de la noche; entonces cada uno da dos golpes, y prosiguen en la forma antes indicada hasta la tercera vela en que dan tres golpes; en la cuarta vela dan cuatro, y cinco en la quinta, y al despuntar el día redoblan los golpes, como hicieron al principio de la noche. De este modo, á cualquier momento de la noche que uno se despierte, si el viento no es contrario, óyese la señal y se sabe qué hora es.»

El fuego servía á los chinos para medir las velas. He aquí el procedimiento de que se valían: reducían á polvo una madera especial, y con él formaban una pasta, con la cual componían cuerdas y bastones en formas diversas (fig. 1, C). Para los ricos se empleaban maderas de esencias raras y los bastones hechos con éstas tenían un dedo de longitud, al paso que los otros eran de dos ó tres metros y del grueso de una pluma de pato. Estos palos ardían delante de las pagodas y se utilizaban para llevar el fuego de un lado á otro. A menudo se clavaban estos bastones en unos vasos de metal llenos de ceniza, y esta posición vertical permitía seguir con la vista su combustión (figura 1, D). Como estos bastones, al arder, no daban luz, sólo servían para indicar la hora en el interior de las casas y para perfumar al mismo tiempo las habitaciones. Cuando estos bastones tenían cierta longitud estaban arrollados formando una espiral cónica

(fig. 2); su combustión duraba entonces varios días y á veces un mes y más: se les suspendía por el centro y se encendían de noche. Esta manera de medir el tiempo era tan exacta, que nunca se comprobaba un error considerable.

Es curioso comparar este medio horario chino con el que se empleó en Francia durante la Edad media, en que la duración de los cirios servía también para

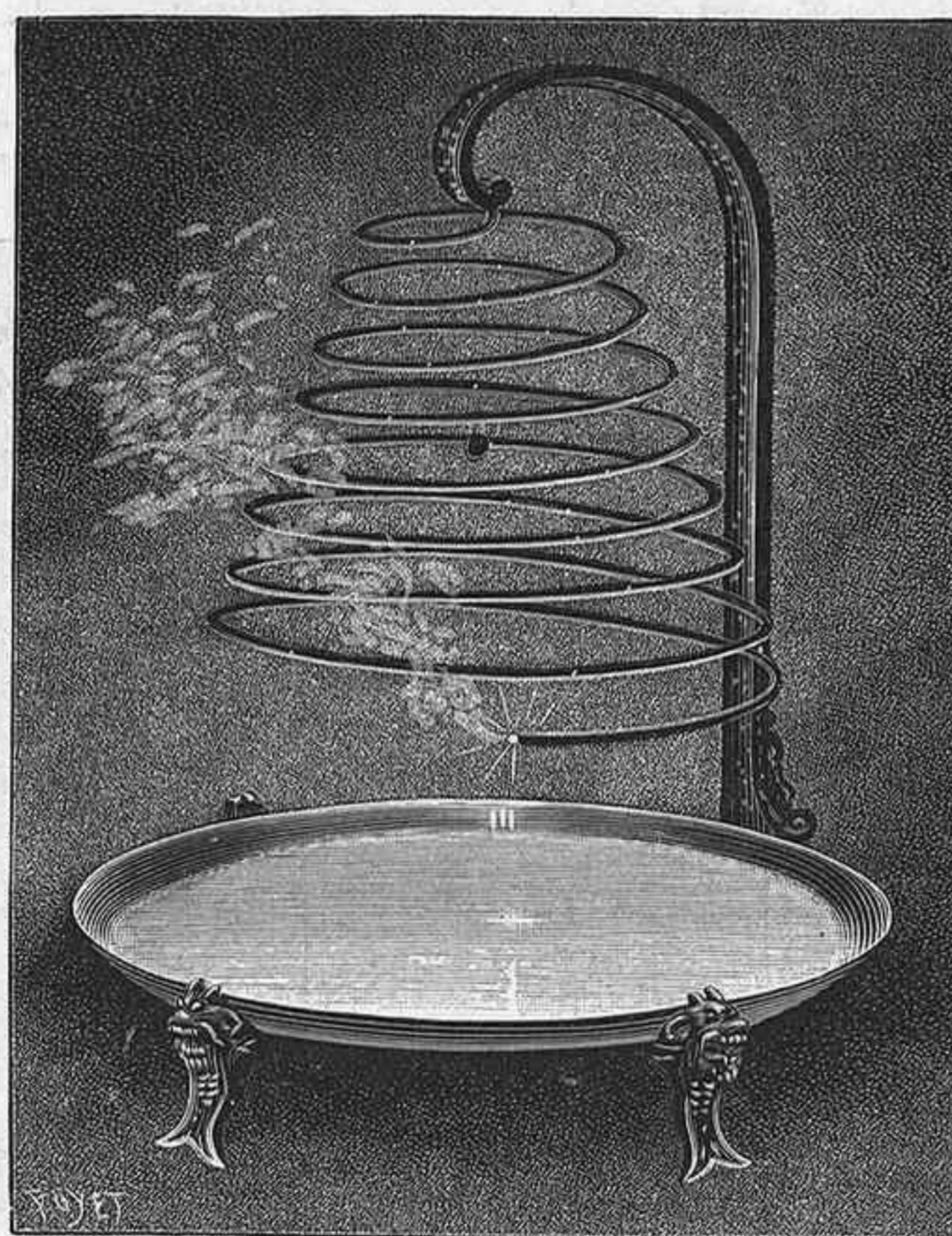


Fig. 2. - Bastón ardiente arrollado en forma de espiral para indicar las horas

indicar la hora de noche. Estas candelas se graduaban como los bastones de los chinos. San Luis se servía de este medio primitivo, que también utilizaba Carlos V.

Estas mechas y estos bastones usados en China al mismo tiempo que indicaban la hora servían de despertador: cuando un chino quería despertarse á determinada hora de la noche, suspendía un pequeño peso de metal exactamente en el punto de la mecha ó del bastón adonde debía llegar el fuego en la hora indicada. En el momento preciso el peso se desprendía por sí mismo y caía en un cubo de cobre: el ruido de su caída era bastante fuerte para despertar al que dormía. Este sistema era tan sencillo como económico, puesto que un bastón cuya combustión duraba un

trono desde 1662 á 1722. Decía: «A fines de la dinastía de los Mings (primeros años del siglo XVII) los europeos entraron en China y construyeron por vez primera uno ó dos relojes de sol que los emperadores de los Mings estimaron como tesoro precioso. Hacia el año décimo de Chung-Tchi (1654), el emperador Chi-Tzu-Hoang-ti recibió de estos mismos europeos un pequeño reloj de péndulo que tocaba por sí mismo las horas, y del cual no se separaba nunca. Después tuvo otros mayores. Construyéronse algunos parecidos en cuanto á la forma exterior, á las ruedas y á las esferas interiores; pero como no se conocía el modo de fabricar los muelles para que fuesen flexibles y elásticos á la vez, no resultaron exactos.

»Habiendo aprendido después de mi advenimiento al trono la manera de trabajar estos muelles, he fabricado centenares y millares de relojes que marcan el tiempo con gran exactitud: he hecho componer el reloj que da las horas, el primero que fué regalado al emperador Chi-Tzu-Hoang-ti y al cual tenía éste en tanta estima; ahora marcha perfectamente y á vos lo confío. Vosotros, jóvenes todavía, guardad para vuestra distracción diez ó doce de estos relojes que dan las horas y que yo os he regalado. ¿No os parece esto agradable? Eternamente debéis acordaros con un sentimiento de gratitud de las ventajas acumuladas que os han sido comunicadas por vuestros antepasados y por vuestro padre.»

Hacia 1680 Khang-hi creó en el recinto del palacio talleres de relojería á los cuales llevó artesanos y obreros de todos los puntos del imperio. El monopolio del oficio fué concedido á los cristianos indígenas, á quienes los misioneros habían enseñado á trabajar. Estos obreros no debieron ser muy hábiles, puesto que más de cien años después, habiéndose deteriorado durante el viaje tres relojes ofrecidos al emperador en 1795 por la embajada de la Compañía á Indias, tres relojeros al servicio de la corte fueron á ofrecer sus servicios á la embajada; pero el mecánico de ésta no pudo entenderse con ellos y rechazó su ofrecimiento, prefiriendo tres misioneros residentes en Pekín que le parecían más aptos, aunque no fueran del oficio. Y en efecto, con el auxilio de éstos la reparación se hizo de una manera conveniente.

Quando se estudian las piezas que los relojeros chinos han construido, sólo se ven en ellas copias imperfectas de los relojes europeos: nada modifica-

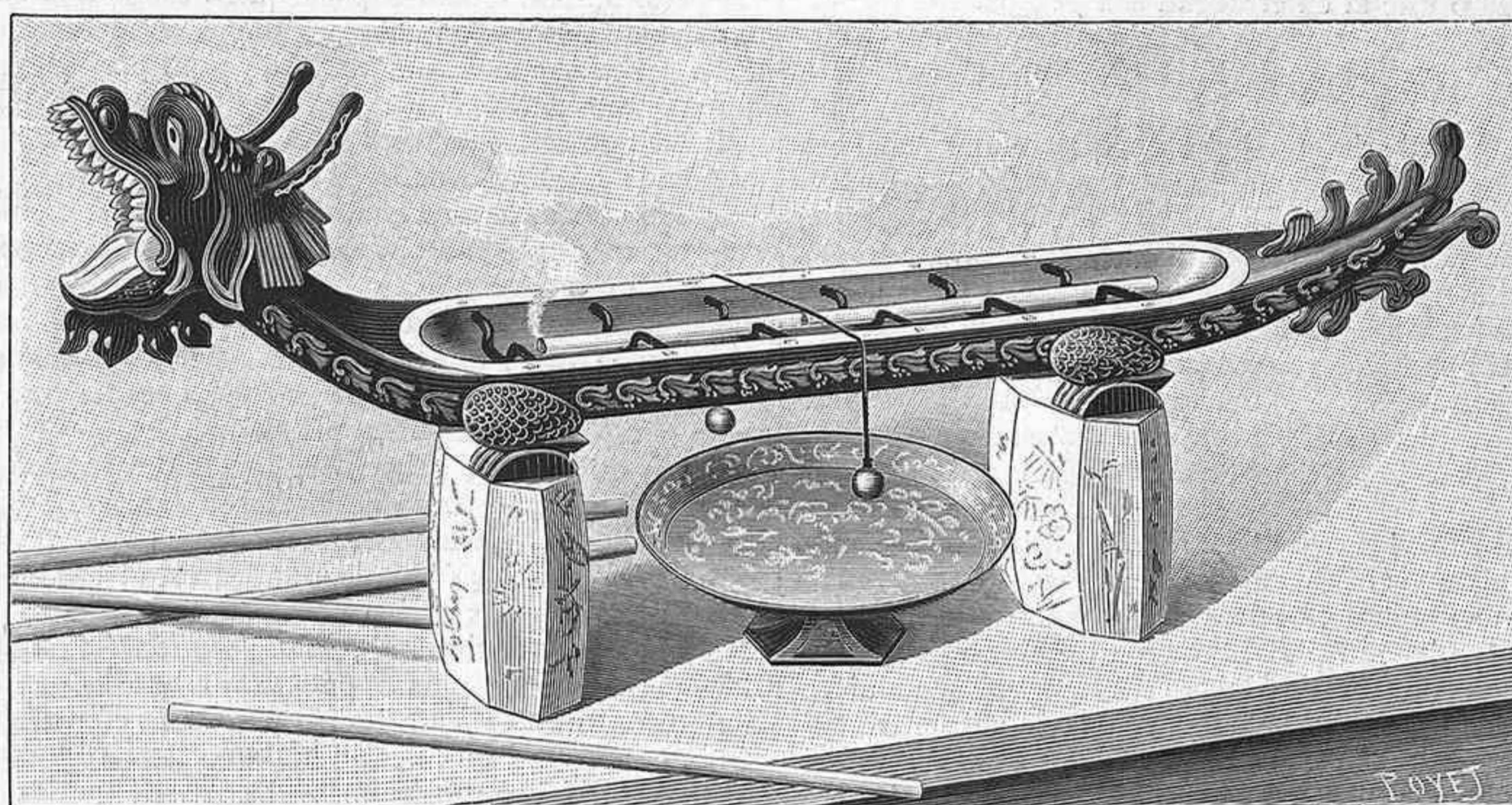


Fig. 3. - Dragón de palos ardientes para indicar las horas (Museo del Louvre)

día valía solamente tres dineros. La figura 3 representa un dragón de metal que se conserva en el Museo del Louvre: este aparato debía servir únicamente para la combustión de los bastones odoríferos.

Los chinos, además de estos relojes, poseían otros mecánicos en el siglo XVII, época en que conocieron los primeros aparatos de estos, que fueron allí importados en 1654. A este propósito se lee en las memorias concernientes á la historia, ciencias y artes, escritas por los misioneros de Pekín en 1782:

Prefacio ó introducción á las instrucciones sublimes y familiares de Cheng-tzu-Guogen, escrito por el emperador Yung-Tching, que reinó en 1723 á 1735 y que había redactado de memoria esas instrucciones de Kang-hi, su padre, que había permanecido en el

ron en los movimientos cuyos modelos tenían, y en cuanto á las formas exteriores de las cajas, si bien les han dado un carácter chino, no han producido nada verdaderamente notable.

Los chinos se han dejado aventajar en mucho por los japoneses, así en la perfección mecánica como en el arte decorativo.

Generalmente el aspecto de los relojes chinos choca á veces á la vista por la mezcla de elementos chinos y europeos que en ellos se encuentra.

Sin temor de ser exagerados, podemos afirmar que los chinos no han producido relojería mecánica propiamente dicha: no han sido en este punto más que malos copistas.

PLANCHÓN

EL MARQUÉS DE LA HABANA

El día 5 del corriente falleció en Madrid el ilustre general D. José Gutiérrez de la Concha, marqués de la Habana.

Nació éste en Córdoba de Tucumán en 1809, y á la muerte de su padre, que pereció en 1814 víctima de la insurrección de Buenos Aires, fué traído á España, ingresando en 1822 en el colegio de Artillería, del que salió de subteniente en 1826. Durante los años 1829 y 1830 fué profesor de matemáticas en los colegios de Artillería de Madrid y Alcalá, y desde 1832 á 1841 batióse constantemente contra los carlistas en el Norte, conquistando todos sus grados hasta el de coronel por méritos de guerra y ganando varias cruces de San Fernando. A consecuencia de los sucesos políticos de octubre de 1841 pidió su retiro, tomando más tarde parte en el movimiento de 1843, por lo que fué nombrado brigadier y jefe del Estado Mayor del ejército expedicionario de Cataluña. En 1844 ascendió á mariscal de Campo y en 1846 á teniente general por haber sofocado la rebelión de Galicia.

En 1850 pasó á Cuba de capitán general, y en 1854 pidió el retiro para combatir al gobierno, y habiéndosele negado, renunció á su empleo y emigró hasta que triunfante la revolución de 1854 volvió al ejército con todos sus empleos y condecoraciones y fué por segunda vez nombrado capitán general de Cuba.

En 24 de abril de 1868 ascendió á capitán general.

Su carrera política no fué menos brillante que la militar. Representó el distrito de Logroño desde 1844 á 1847, fecha en que obtuvo el nombramiento de senador vitalicio que desempeñó hasta la revolución de 1868. Fué senador electivo de 1871 á 1873 y en 1876, y desde 1877 hasta su muerte, por derecho propio.

Además, durante los años 1863 y 1864 estuvo al frente del ministerio de la Guerra é interinamente de los de Ultramar y Marina, y en 1868 presidió el Consejo de ministros y desempeñó la cartera de Guerra nuevamente.

Al estallar la revolución de Septiembre se trasladó á Francia, permaneciendo alejado



D. JOSÉ GUTIÉRREZ DE LA CONCHA, MARQUÉS DE LA HABANA, fallecido el día 5 del corriente

de la política hasta que después del golpe de Estado de 3 de enero de 1874 se ofreció al gobierno y aceptó la capitania general de Cuba.

En los primeros tiempos de la restauración figuró en el partido conservador; luego fué jefe del centro parlamentario, y después afilióse al partido fusionista, mandando el cual parecía estar vinculada en el marqués de la Habana la presidencia del Senado, que actualmente ocupaba.

En 1857 fué agraciado con el título de Castilla que ostentaba, y en 1864 se le otorgó la grandeza de España de primera clase.

Era Gran oficial de la Legión de Honor y estaba en posesión de las más importantes condecoraciones nacionales y extranjeras, así civiles como militares. Era caballero del Toisón de Oro y ostentaba en su pecho tres cruces laureadas de San Fernando.

Su entierro, verificado el jueves último, fué una grandiosa manifestación de duelo, á la que se asoció todo el pueblo de Madrid, que se agolpaba en las calles por donde debía pasar la fúnebre comitiva. El cadáver, precedido del escuadrón que le daba guardia de honor, fué colocado en un formón de artillería, sobre el cual, además de las insignias de su cargo, figuraban dos coronas, la de la Reina y la de la guarnición de Madrid. Las demás coronas iban en varios coches detrás del féretro, del que pendían varias cintas llevadas por representaciones del Senado, del ejército y de la armada. Presidían el duelo los ministros de Estado y de la Guerra, el jefe del cuarto militar de la Reina, el duque de Sexto por el capítulo del Toisón, el obispo de Sión y los nietos políticos del finado.

El desfile de las tropas que cubrían la carrera se verificó frente á la capitania general. Fuerzas de caballería é infantería acompañaron el cadáver hasta el cementerio, tributándole los honores de ordenanza, que han sido los de capitán general con mando en plaza.

En el acompañamiento figuraban todas las eminencias de la política de todos los partidos y de todas las clases sociales.

Con el venerable marqués de la Habana ha desaparecido uno de los hombres que más participación han tenido en la historia política y militar de España en nuestro siglo.

JARABE ANTIFLOGÍSTICO DE BRIANT

Farmacia, CALLE DE RIVOLI, 150, PARIS, y en todas las Farmacias. El JARABE DE BRIANT recomendado desde su principio, por los profesores Laënnec, Thénard, Guersant, etc.; ha recibido la consagración del tiempo: en el año 1829 obtuvo el privilegio de invención. VERDADERO CONFITE PECTORAL, con base de goma y de abalorios, conviene sobre todo á las personas delicadas, como mujeres y niños. Su gusto excelente no perjudica en modo alguno á su eficacia contra los RESFRIADOS y todas las INFLAMACIONES del PECHO y de los INTESTINOS.

ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO PASTILLAS y POLVOS PATERSON

con BISMUTHO y MAGNESIA. Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.

Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD, Adm. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL D. FRANK

Estreñimiento, Jaqueca, Malestar, Pesadez gástrica, Congestiones curados ó prevenidos. (Rotulo adjunto en 4 colores) PARIS: Farmacia LEROY Y en todas las Farmacias.

PAPEL WLINSI

Soberano remedio para rápida curación de las Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.

Depósito en todas las Farmacias. PARIS, 31, Rue de Seine.

QUINA ANTI-DIABÉTICA ROCHER

FRASCO: 3'50. Expedición franco de dos frascos contra 8 fr. — Depósito ROCHER, Farmaceutico, 112, Rue de Turenne, PARIS, y FARMACIAS. Envío gratis y franco de un estudio interesante indicando causas y consecuencias de la DIABETIS. EN BARCELONA: SRES. VICENTE FERRER Y C.^{as}

CEREBRINA REMEDIO SEGURO CONTRA LAS JAQUECAS y NEURALGIAS

Suprime los Cólicos periódicos. E. FOURNIER Farm.^a 114, Rue de Provence, PARIS MADRID, Melchor GARCIA, y todas farmacias. Desconfiar de las Imitaciones.

Las Personas que conocen las PILDORAS DE DEHAUT DE PARIS no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el causan que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentación empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

REMEDIO de ABISINIA EXIBARD

En Polvos y Cigarrillos Alivia y Cura CATARRO, BRONQUITIS, OPRESION y toda afección Espasmódica de las vias respiratorias. 25 años de éxito. Med. Oro y Plata J. FERRER y C.^{as}, 102, R. Richelieu, Paris.

CARNE y QUINA El Alimento mas reparador, unido al Tónico mas energico. VINO AROUD con QUINA

Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS SOLUBLES DE LA CARNE. CARNE y QUINA: con los elementos que entran en la composición de este potente reparador de las fuerzas vitales, de este fortificante por excelencia. De un gusto sumamente agradable, es soberano contra la Anemia y el Apocamiento, en las Calenturas y Convalecencias, contra las Diarreas y las Afecciones del Estomago y los Intestinos. Cuando se trata de despertar el apetito, asegurar las digestiones, reparar las fuerzas, enriquecer la sangre, entonar el organismo y precaver la anemia y las epidemias provocadas por los calores, no se conoce nada superior al Vino de Quina de Aroud. Por mayor, en Paris, en casa de J. FERRÉ, Farm.^a 102, r. Richelieu, Sucesor de AROUD. SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS.

EXIJASE el nombre y la firma AROUD

Pildoras y Jarabe DE BLANCARD

Con Ioduro de Hierro Inalterable. ANEMIA COLORES PÁLIDOS RAQUITISMOS ESCRÓFULOS TUMORES BLANCOS, etc., etc.

Exigase la Firma y el Sello de Garantia. — Venta al por mayor: Paris, 40, r. Bonaparte.

Solucion BLANCARD

Comprimidos de Exalgina. JAQUECAS, COREA, REUMATISMOS, DOLORS DENTARIOS, MUSCULARES, UTERINOS, NEURALGICOS. El mas activo, el mas inofensivo y el mas poderoso medicamento CONTRA EL DOLOR.

Jarabe de Digital de LABELONYE contra las diversas Afecciones del Corazon, Hydropsias, Toses nerviosas; Bronquitis, Asma, etc.

El mas eficaz de los Ferruginos contra la Anemia, Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, Debilidad, etc. GELIS & CONTÉ. Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris.

ergotina y Grageas de HEMOSTÁTICO el mas PODEROSO que se conoce, en pocion ó en inyeccion Ipodermica. Las Grageas hacen mas fácil el labor del parto y detienen las perdidas. LABELONYE y C.^{as}, 99, Calle de Aboukir, Paris, y en todas las farmacias.



La recolección de flores en Valencia, dibujo original de Joaquín Agrassot

PAPEL ANTI-ASMÁTICOS BARRAL
 PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
 EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BIN BARRAL
 disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos.
 DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOZE-ALBESPEYRES
 78, Faub. Saint-Denis
 PARIS
 y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTICION
 FACILITA LA SALUDA DE LOS DIENTES PREVIENE O HACE DESAPARECER
 Los SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTICION.
 EXIJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS.
 Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

Frasco 5 fr. en Paris
PUREZA DEL CUTIS
 LAIT ANTÉPHÉLIQUE
LA LECHE ANTEFÉLICA
 ó Leche Candès
 pura ó mezclada con agua, disipa
 PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
 SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
 ARRUGAS PRECOCES
 EFLORESCENCIAS
 ROJECES.
 Posee y conserva el cutis limpio y terso
 CANDES et C^e B^e St-Denis 14

CARNE, HIERRO y QUINA
 El Alimento mas fortificante unido a los Tónicos mas reparadores.
VINO FERRUGINOSO AROUD
 Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS DE LA CARNE
CARNE, HIERRO y QUINA! Diez años de éxito continuado y las afirmaciones de todas las eminencias médicas prueban que esta asociación de la Carne, el Hierro y la Quina constituye el reparador mas energico que se conoce para curar: la Clorosis, la Anemia, las Menstruaciones dolorosas, el Empobrecimiento y la Alteración de la Sangre, el Raquitismo, las Afecciones escrofulosas y escorbúticas, etc. El **Vino Ferruginoso de Aroud** es, en efecto, el único que reúne todo lo que entona y fortalece los organos, regulariza, coordena y aumenta considerablemente las fuerzas ó infunde a la sangre empobrecida y decolorada: el **Vigor**, la **Coloración** y la **Energía vital**.
 Por mayor, en Paris, en casa de J. FERRÉ, Farm^o, 102, r. Richelieu, Sucesor de AROUD.
 SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS
EXIJASE el nombre y la firma AROUD

ENFERMEDADES del ESTOMAGO
Pepsina Boudault
 Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA
 PREMIO DEL INSTITUTO AL D^r CORVISART, EN 1856
 Medallas en las Exposiciones internacionales de
 PARIS - LYON - VIENA - PHILADELPHIA - PARIS
 1867 1872 1873 1876 1878
 SE EMPLEA CON EL MAYOR ÉXITO EN LAS
DISPEPSIAS
CASTRITIS - GASTRALCIAS
DIGESTION LENTAS Y PENOSAS
FALTA DE APETITO
 Y OTROS DESORDENES DE LA DIGESTION
 BAJO LA FORMA DE
ELIXIR. . . de PEPSINA BOUDAULT
VINO . . . de PEPSINA BOUDAULT
POLVOS. de PEPSINA BOUDAULT
 PARIS, Pharmacie COLLAS, 8, rue Dauphine
 y en las principales farmacias.

GARGANTA
 VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN
 Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflammaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritacion que produce el Tabaco, y especialmente á los Señs PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emision de la voz.— Precio: 12 Rsuans.
 Exigir en el rotulo a firma
 Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

Jarabe Laroze
 DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
 Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curacion de las gastritis, gastraljias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestion y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.
JARABE
al Bromuro de Potasio
 DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
 Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazon, la epilepsia, histéria, migraña, baile de S.-Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la denticion; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.
 Fábrica, Espediciones: J.-P. LAROZE & C^e, 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris.
 Deposito en todas las principales Boticas y Droguerías

Agua Léchelle
HEMOSTÁTICA. — Se receta contra los flujos, la clorosis, la anemia, el apocamiento, las enfermedades del pecho y de los intestinos, los esputos de sangre, los catarros, la disenteria, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los organos. El doctor HEURTELOUP, médico de los hospitales de Paris, ha comprobado las propiedades curativas del Agua de Léchelle en varios casos de flujos uterinos y hemorragias en la hemotisis tuberculosa.
 DEPÓSITO GENERAL: Rue St-Honoré, 165, en Paris.

AVISO Á LAS SEÑORAS
EL ANIOL DE LOS RES
JORET-HOMOLLE
 CURA
LOS DOLORES, RETARDOS, SUPRESIONES DE LOS MENSTRUOS
 FA^o BRIANT 150 R. RIVOLI
 PARIS
 Y TODAS FARMACIAS y DROGUERIAS